

Guy de Maupassant

GUY DE MAUPASSANT

Estudio de Psicología Patológica

Por el Dr. Lucien Lagriffe

1908

Título original: *Guy de Maupassant. Étude de psychologie pathologique.*

Annales médico-psychologiques. - 1908

© Por la traducción.- José M. Ramos. Pontevedra 2009.

para <http://www.iesxunqueiral.com/maupassant>

NOTA DEL TRADUCTOR

Como indica el autor en los primeros párrafos, este libro, no lo ha escrito para los curiosos, sino para sus colegas, los médicos y los alienistas. Al no ser galeno, carezco de los suficientes conocimientos para acometer la traducción de una obra de estas características, pero en mi afán de divulgar la vida y obra de este autor francés, he corrido ese riesgo, por lo que estoy seguro de que algunos términos médicos no han sido traducidos todo lo correctamente que sería deseable. Espero que el lector de esta traducción sea indulgente con este trabajo que tan solo pretende ofrecer al público aspectos de la vida y obra de Maupassant, y que los profesionales de la medicina lo consideren una modesta aportación a la historia de esta insigne disciplina científica.

J.M. Ramos
Pontevedra, 16 de junio de 2009

GUY DE MAUPASSANT

ESTUDIO PSICOLÓGICO PATOLÓGICO

Por el Dr. Lucien Lagriffe
Antiguo jefe de clínica de enfermedades mentales,
Médico de los hospitales públicos de alienados.

La humilde verdad.

Que no se me interprete mal acerca del significado de este artículo, donde la curiosidad impía estará lejos de encontrar sus objetivos; no lo he escrito para los curiosos, sino para mis colegas, los médicos y los alienistas.

Maupassant, paralítico general como tantos otros hombres de letras, como tantos otros intelectuales, no difiere en nada de X... y de Y..., paralíticos generales; mi intención no es explicar a Maupassant mediante la patología; se impone ahí, en efecto, una tarea imposible y por tanto inútil; simplemente quiero tratar de explicar la patología, hecho general, mediante Maupassant, caso particular.

Siempre esforzándose celosamente en mantener oculta su vida, Maupassant no ha podido sustraerse a la necesidad, ineludible para todo hombre de letras, de hablarnos sobre todo de él. « La literatura tiene su embriaguez, que no hace más que interpretar y amplificar las sensaciones que el escritor ha tenido¹» Únicamente, el historiador y el hombre de ciencia pueden pretender: «El público tiene derecho a nuestras ideas, a nada más; el resto de nosotros mismos no es más que nuestro²»; para ellos, como dice Anatole France, más vale no

¹ Paul Bourget, Prefacio de *Mémoranda de J.B. d'Aurevilly*. Rouveyre et Bloud. Paris, 1883.

² Taine, citado por A. Chevrillon: Taine, Notes et Souvenirs. *Revue de Paris*, 1 mayo de 1908

figurar en los asuntos que se cuentan¹». Pero el literato, novelista o narrador, no puede sustraerse, pues no ve las cosas que él nos traduce más que a través de su temperamento, y no puede pintarnos el universo más que como lo percibe desde el punto de vista particular de su consciencia.

También, conocemos de Maupassant más o menos todo lo que deseamos conocer; a pesar de todos sus esfuerzos, aquellos que no han querido hablar más que del novelista, no han podido evitar, pese a ellos, desvelarnos una parte del hombre. En las cartas de Maupassant que el Sr. Louis Connard ha publicado, y que será una de las obras destacadas de la tipografía francesa, éste advierte a sus lectores que ha « suprimido los pasajes relativos a su vida íntima » y, en realidad es todo el Maupassant íntimo el que allí se encuentra, el Maupassant neurótico, neurasténico, triste, deprimido...

Todas las reticencias de las que se ha rodeado su vida no sirven de nada, porque ellas mismas constituyen un excitante de la curiosidad, y Dios sabe bien que este nuevo siglo es curioso como un niño. Pero la curiosidad por las taras y los errores de los hombres ilustres es uno de los precios de la gloria. Existen en el mundo, y nosotros lo sabemos mejor que nadie, historias que son más lamentables que la de Maupassant, unos destinos que son aún más desgarradores que el suyo, y que en razón del anonimato de sus víctimas no se dice nada. Solamente aquellos que son todavía demasiado jóvenes para tener bastante experiencia, y los que viviendo muchos años están bastante hastiados, pueden decir: « La vida nunca es tan buena ni tan mala como se cree. » Los demás no son conducidos más que por la experiencia, tratando la vida como un fenómeno y saben que un fenómeno no se califica; por lo que respecta a la locura, la podemos sin duda localizar entre éstos.

¹ A. France. *Vie de Jeanne d'Arc*. Tome I. Calmann-Lévy. Paris, 1908.

Nos encontramos con el caso Maupassant y nos esforzamos en sacar provecho de él porque encontramos ahí esas pruebas escritas que comúnmente nos faltan en el caso de los pobres dementes que la sociedad nos confía a menudo demasiado tarde. El Maupassant del hospital del Dr. Blanche no difiere sensiblemente de los enfermos que vemos a diario; al que queremos interrogar es al Maupassant que se ha esmerado en documentarnos él mismo, es aquél antes del internamiento; es aquél del que vamos a tratar de reconstruir la historia.

I. – LA ENFERMEDAD DE MAUPASSANT

Guy de Maupassant nació el 5 de agosto de 1850, de un padre de carácter débil, inestable, viviendo con su esposa de mala manera, y cuya mediocridad intelectual queda fuera de toda duda; basta para convencerse de ello, leyendo algunas cartas de él publicadas por el Sr. Lumbroso¹ y compararlas con la de la Sra. de Maupassant.

Muy superior a su marido, la Sra. de Maupassant era una neurópata. Como todos los nerviosos, ella presenta en el transcurso de su existencia fenómenos mórbidos extraños que desconciertan a sus médicos: testigo de esta afección de la que sufrió hacia 1876 o 1877, es una carta de Maupassant que, habiendo consultado al profesor Duplay, encontrado en casa de Suzanne Lagier, éste le habla de la posible presencia de una tenia². Más tarde, sin que sea posible precisar cual fue exactamente el estado de salud de la Sra. de Maupassant durante todo ese largo intervalo, vemos aparecer, cuando ya alcanzaba los sesenta y un años, cuando su hijo Guy acababa de ser internado, « paroxismos de furor..., ataques terribles ».

¹ Albert Lumbroso. *Souvenirs sur Maupassant*. Bocca. Roma. 1905.

Este libro puede leerse en castellano bajo la traducción de J. M. Ramos. Se puede encontrar en <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant> (N. del T.)

² *Ibid.*, p. 114

una tentativa de suicidio mediante la ingestión de láudano, una tentativa de suicidio por estrangulación. En esta época, la Sra. de Maupassant habría solicitado ella misma ser internada en una residencia hospitalaria¹. Parece que la Sra. de Maupassant haya tenido un carácter un poco difícil, unas tendencias exclusivas, como todos los exaltados, y si por su parte el testimonio del Sr. Gustave de Maupassant, su marido, puede parecer sospechoso, también tenemos el de su nuera, la Sra. de Hervé de Maupassant. Añadamos a esto que la Sra. de Maupassant vivía al día, es decir sin preocuparse del mañana: parece que a pesar de su intensa inteligencia por las cosas del espíritu y del arte, haya carecido de toda aptitud para llevar sus asuntos personales.

Tras diecisiete años de matrimonio, el Sr. y la Sra. de Maupassant se separaron mediante un sencillo acto en el juzgado de paz; si los errores materiales fueron indudablemente culpa del Sr. de Maupassant, no parece que moralmente la Sra. de Maupassant haya podido mantenerse irreprochable, y jamás ninguno de ellos parece tener el deseo de volver a retomar la vida en común.

Hervé, el único hermano de Guy de Maupassant y seis años más joven que él, fue un fracasado; emprendió negocios ruinosos y murió a los treinta y tres años, paralítico general.

Durante todo el transcurso de su infancia y de su adolescencia, Guy de Maupassant parece haber gozado de una buena salud. Niños mimado y terrible, se ha puesto más tarde en el haber de una precocidad de observación un cierto número de pequeños detalles que parecen únicamente probar que se decían ante él muchas cosas que se deberían haber callado, de las cuales, como todos los niños, sacaba su provecho, y que, como algunos niños mimados, comentaba².

¹ *Ibid.* p. 472.

² Ver las anécdotas referidas en Lumbroso, *loc. cit.*, p. 301

A los trece años, tras haber sido instruido por su mare, y tras haber pasado todas sus horas de libertad vagabundeando con los pescadores de Étretat, fue ingresado en el seminario de Yvetot. Bruscamente arrancado a la vida sin obligaciones que él había llevado hasta entonces, intentó más de una vez escaparse, y acabó por ser expulsado por un poema irreverente, por demasiado ligero para su edad y para la época¹.

Entra a continuación como interno en el Instituto de Ruán; eso no era más que cambiar de prisión, pero tuvo la ventaja de tener a partir de ese momento cerca de él a un mentor más enérgico y razonable que su madre, el poeta Louis Bouilhet; éste último debió hacerle entender que los estudios severos, con las obligaciones como corolario, eran el garante más seguro de su porvenir. Fue en el Instituto de Ruán cuando Maupassant terminó con normalidad sus estudios.

Tras la guerra de 1870-71, en la que participó, Maupassant vino a París; fue sucesivamente empleado en el ministerio de la Marina, luego adjunto al despacho del Sr. Bardoux, ministro de Instrucción Pública en el gobierno de Dufaure. Abandonó la administración en 1880, tras el éxito de *Bola de Sebo*.

Su vida patológica comienza ya en 1872; en esa época se caracteriza por la neurastenia de los excesos sexuales y los excesos de bebida.

Se ha hablado mucho también del exceso de deporte, sobre todo del remo; es a esto último a lo que Maupassant culpaba de los fenómenos mórbidos que sentía de una manera continua al final de su vida consciente; y complacientemente, todos aquellos que han tratado la enfermedad de Maupassant lo han sobrevalorado. Eso es una fábula. La palabra exceso es en primer lugar muy exagerada, pues desde 1872 hasta 1880, época de esos pretendidos excesos, Maupassant era empleado en los ministerios de la Marina y de la Instrucción Pública, su presencia cotidiana era allí necesaria, y admitiendo incluso lo

¹ Lumbroso, *Loc. cit.*, p. 144.

que no es, que hubiese remado todos los días, sus momentos de ocio eran parsimoniosamente contados. Todo el mundo sabe, por la correspondencia de Flaubert, que su día de remo era el domingo, y si remó cincuenta y dos veces por año hasta la fatiga, esta fatiga no podía serle más que saludable; era, nos parece, ampliamente compensada por más de trescientos días de reposo obligado al año¹. No puede pues ser una cuestión de *exceso*. Es muy posible que a los ojos de sus compañeros de ocio, Maupassant hubiese parecido abusar, pero no hay que olvidar que durante toda su infancia y sobre todo hasta los trece años, había pasado su tiempo en el mar con los pescadores de Étretat, que según el testimonio de todos tenía una complexión hercúlea, hasta el punto en que un luchador lo saludó un día como colega, y lo que podía parecer fatigoso para los demás no lo era para él.

La fatiga física engendrada por movimientos tan naturales como los del remero, fatiga sin preocupaciones morales, es absolutamente incapaz de producir la enfermedad que padeció y de la que murió Maupassant. Y, pese a lo que diga el « Dr. Sylvius », según el testimonio al que se refiere Lumbroso, ningún alienista creerá nunca que Maupassant fue un parálítico general porque había remado demasiado.

Pero no hay que olvidar lo que eran los complementos tradicionales del remo en el Sena y en la Marne. Aquellos que no lo saben no tienen más que ojear las satíricas ilustradas que aparecieron entre 1872 y 1882 y no tienen más que leer la descripción de la Grenouillere en *Yvette*. Los complementos

¹ Ver sobre este punto: Oeuvres complètes de Guy de Maupassant, Conard. Paris, 1908. Vol. I: Bola de Sebo. Carta de G. de M..., p. CXIV. – Louis Thomas, en *la Maladie et la mort de Maupassant* – Herbert, Bruges, 1906, dice que G. de M... iba a su despacho a las 10; eso es un error, puesto que el propio Maupassant escribe que permanecía en el ministerio desde las 9 de la mañana hasta las 6 1/2 de la tarde; cuando fue trasladado al despacho del Sr. Bardoux, incluso iba a trabajar el domingo. (Ver t.I de la edición Conard, p. CXVI).

indispensables del remo eran la mujer, las mujeres, y el exceso de bebidas; había allí mujeres comunes como *Mouche*, lo que no era muy prudente, y había otras aún cuya compañía era más anónima.

« Maupassant », dice M.A. Brisson, refiriendo Lumbroso los recuerdos de la Sra. de Maupassant, « frecuentaba lugares bastante indeseables; no desdeñaba la compañía de mujeres ligeras; su juventud era muy «disipada. » Pese a eso pensamos en *La cama 29*. Y si el testimonio póstumo del Sr. Brisson pudiera parecer dudoso, tenemos el del Gustave Flaubert, que sin embargo no era mojigato en absoluto: « Siempre las mujeres, pequeño cerdo.» (carta del 25 de octubre de 1876). « ¡Demasiadas putas! » (carta del 15 de julio de 1878)¹.

Y a los excesos venéreos añadimos los excesos de bebida.

La primer impresión que se desprende para las personas que han leído el relato *Sobre el agua*, publicado en 1881 en la antología *La Casa Tellier*, título de otro relato que se analizará más adelante, es que el autor ha descrito sin dudar y como Maupassant tiene por costumbre hacer, es decir muy bien, un sueño o mejor una noche de alcohólico. Es incuestionable que Maupassant bebía mucho y que si no fue un alcohólico, al menos sí un alcoholizado.

Esta alcoholización debe datar de lejos y remontarse a su infancia, cuando pasaba días enteros vagabundeando con los pescadores de la costa; esos pescadores, que eran marinos y normandos, seguramente no pudieron resistirse al deseo de hacer de ese joven muchacho, emprendedor ya y robusto, un ser más completamente parecido a ellos mismos; para hacer de él un verdadero hombre de mar, no es descabellado pensar que a menudo le pasaran su botella de alcohol. En esta época, más aún que hoy, el tafia² y el aguardiente formaban parte del

¹ Gustave Flaubert. *Correspondance*, t.IV, p. 246, 301.

² La 'tafia' es el antepasado del ron. Pero el ron es destilado y la tafia no lo es. De su destilado nace el ron. (N. del T.)

cargamento primordial de un barco, y cuando hacía fresco, cuando el tiempo era brumoso, cuando el remo pesaba, es cierto que Maupassant, al ejemplo de los viejos lobos de mar, tenía recursos también para eso que todos las personas en ese rudo oficio consideran todavía como el único remedio contra el frío, la humedad y la fatiga. ¿Se hubiera convertido en el infatigable marino que quería ser si tuviese que echarse atrás ante eso?

Más adelante al menos, no cedía. El Sr. Roujon, evocando el recuerdo del Maupassant de 1876 en sus «Recuerdos de arte y de literatura », nos dice que *bebía en abundancia*, y más tarde G. Ragusa Moleti, en su artículo « Guy de Maupassant en Palermo », dice: « Maupassant bebía... perdiendo un poco la consciencia de su propio yo »¹. Esta reflexión se remonta, es cierto, al viaje que hizo Maupassant a Sicilia (1885), en una época en la que ya estaba afectado por el mal. El conde Joseph Primoli, que lo conoció durante mucho tiempo, dice: « Nunca lo he visto borracho. Sin embargo he viajado con él »²; esta observación, inútil si no hubiese sido bebedor, solamente prueba esto: que no se emborrachaba.

Maupassant fue un neurasténico, no por ello queremos decir que las enfermedades que él tenía no hubiesen tenido en absoluto una base anatómica, sino solamente que se exagera su importancia.

En su condición de niño mimado, admirado y muy tarde alejado de las faldas de su madre, también en su calidad de hereditario, Maupassant fue llevado hasta la exageración de sí mismo. Se le ha echado en cara su egoísmo; fue egoísta en la medida que lo son todos los neurasténicos, y si buscó tanto la soledad, tal vez fue para observarse mejor a sí mismo y para gozar mejor de sí.

¹ Lombroso. *Loc. cit.*, p. 406

² *Ibid.*, p. 94, nota 1.

Su correspondencia con Flaubert, al principio bastante ceremoniosa, pronto se vuelve abandonada, más íntima, y, como todo buen neurasténico, Maupassant viene a añadir, al párrafo « literatura » que constituye el fondo esencial de sus relaciones con su maestro, el párrafo « salud y enfermedad ».

«En relación con la salud, no me parece usted tener aspecto de enfermo, decididamente. ¡Tanto mejor! No piense más en ello », le escribe Flaubert, el 28 de agosto de 1876. « Mi corazón marcha bien. Vivan los homeopatas. Love hace de mi corazón lo que quiere, lo acelera o ralentiza a voluntad », responde Maupassant el 17 de noviembre siguiente. Flaubert prevé la peligrosa pendiente en la que desciende su discípulo cuando le dice, el 15 de julio de 1878: « Todo lo demás es vano, ... excepto tu salud.» Flaubert no se hace seguramente ninguna ilusión y sin duda conoce la tenacidad de los neuróticos. El 21 de agosto siguiente, Maupassant vuelve a la carga, pero tímidamente y de una manera indirecta; con relación a su madre y Tourgueneff, pregunta: « ¿Es que todo el mundo tiene el corazón deteriorado? » Entonces, Flaubert le aconseja que consulte con Pouchet si tiene necesidad de un médico, y Maupassant contesta: « Estoy un poco indispueto, la sangre circula mal y los medicos no pueden hacer otra cosa que repeter su eterna frase: – Ejercicio, haga ejercicio.» También, Flaubert no podía desearle un mejor deseo el 2 de enero de 1880: « Ante todo, más latidos de corazón »¹.

Maupassant no deja de presentar al mismo tiempo el estado mental específico de los neurasténicos: asco, misantropía, agobio, quejas continuas de la estupidez de los demás, del vacío y de la falta de interés por la vida, tristeza, desánimo, todas las ocasas que, sin un fondo innegable de neurosis, sorprenderían en un literato de menos de treinta años,

¹ Todas estas citas están extraídas del tomo IV de la correspondencia de Flaubert y de las cartas de Maupassant, publicadas en el primer volumen (*Bola de Sebo*) de la edición Conard de las Obras completas.

mantenido, protegido, publicado, con un trabajo oficial ínfimo, pero seguro, y del que apreciaba el valor, de tal modo que después del éxito de *Bola de Sebo* en 1880 y a pesar de las más bellas esperanzas, no dejará la administración más que mediante una excedencia y, como se ha dicho, sin dar un portazo.

Pero en ese momento preciso su salud se vuelve realmente preocupante: a los veintinueve años, entre el 19 de febrero y el 27 de marzo de 1880, Maupassant comienza a sufrir una enfermedad en los ojos que pertenece a su historial patológico positivo.

Así pues, en marzo de 1880, Flaubert no le encarga un recado si su ojo no se lo permite; luego, en presencia de todos los relatos contradictorios que él recibe sobre la enfermedad de Guy, lo hace examinar por su médico de Croisset, Fortin, al que considera muy bueno.

Este examen que Flaubert pedía para sí mismo, para su satisfacción personal, tuvo lugar en Croisset, el 27 de marzo; no creo que Flaubert haya podido obtener, tal y como deseaba, la menor satisfacción personal, pues si el examen fue largo, duró más de una hora, Fortin no dio su opinión al buen Flaubert, que se aferró a la hipótesis de que Maupassant tenía la misma neurosis que su madre. Maupassant sufría mucho; se vio obligado a acostarse la misma noche del examen, desde las nueve; en una de sus últimas cartas, Flaubert preguntaba a su discípulo si su ojo le seguía molestando, diciéndole que esperaba explicaciones de Pouchet sobre su enfermedad de la que seguía sin comprender nada.

Lamentablemente, Flaubert, que hubiese sido para nosotros una fuente tan preciosa, murió algunas semanas después.

Respecto a esta enfermedad de los ojos no tenemos más que algunas informaciones dispersas. Sabemos que hacia 1882-83, Maupassant iba a la consulta del oftalmólogo Dr. Landolt « por algunas molestias visuales. Ese mal, en apariencia

insignificante (dilatación de una pupila), me hizo prever no obstante, a causa de los trastornos funcionales que lo acompañaban, su lamentable final ... Durante los primeros años, era fácil de remediar la molestia que experimentaba, mediante cristales apropiados. Pero más tarde aumentó y se añadieron unos trastornos más graves del sistema nervioso...»¹. En 1884, durante su viaje a Sicilia, escribe a la Sra. Lecomte du Nouy que sus ojos no están bien del todo².

En 1887, debió tomar una secretaria durante algún tiempo; José María de Heredia nos dice que presentaba ceguera súbita y temporal, la luz lo deslumbraba y en los últimos tiempos de su vida libre, sus ojos eran como mates³.

Se trata evidentemente de una afección a marcha continua; las informaciones proporcionadas por el Dr. Landolt permiten eliminar la hipótesis de trastornos puramente nerviosos, y la posibilidad de una migraña oftálmica no es sostenible; el glaucoma, después de una tan larga duración de tiempo, hubiese acabado por determinar fatalmente una pérdida completa y definitiva de la visión. En cuanto a la conjuntivitis, no habría podido acompañarse de dilatación pupilar. La única hipótesis verosímil sería la de iritis cónica con exacerbaciones, es la única que se puede tener en consideración. Ahora bien, para el que sabe leer entre líneas, hoy ya no hay duda de que Guy de Maupassant fue sifilítico; la existencia de esta diátesis permite explicar la aparición de una iritis sobreviniendo de este modo espontáneamente, a la edad de treinta años, en un individuo que no se había revelado hasta ese momento ni como reumático ni como escrofuloso⁴.

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 581.

² Edición Conard de las Obras completas. T. I. p. CXLVII.

³ Lumbroso, *Loc. cit.*, p. 205.

⁴ Louis Thomas, *Loc. cit.*, p. 43, dice: «En una entrevista que mantuve con él en 1905, el Sr. Lumbroso me declaró tener el testimonio de dos médicos, uno muerto, el otro vivo, uno francés, el otro suizo, que habían tratado

Si Maupassant no hubiese sido sifilítico, se le habría dicho; Fortin, el médico de Flaubert, no habría hecho un misterio del examen en profundidad al que lo sometió. Esta sífilis permite además explicar bien varias cosas. Después de la muerte de Maupassant, la mayoría de los médicos que lo trataron antes de la catástrofe no han dejado de hacer saber que ellos ya habían hecho el diagnóstico bastante tiempo atrás. Eso me parece muy dudoso, al menos hasta 1891. No es verosímil que un enfermo al que sus médicos consideren amigo, en el que se advierte desde 1882-83 la eclosión de una afección tan peligrosa para los demás y para sí mismo, como la parálisis general, le hayan permitido circular libremente y tan solo como estuvo Maupassant durante nueve años, desde 1882 hasta 1891; no es admisible que esos médicos amigos, aún incluso concediendo que hubiesen podido considerar que de lejos se pueda observar y vigilar a un paralítico general, hayan dejado a Maupassant pasar largas semanas solo, con dos marineros, sobre un velero y en plena mar; que sin advertir a sus allegados se le hubiese dejado emprender procesos judiciales como los que veremos más adelante con ocasión del retrato de las *Veladas de Médan*, acciones en el transcurso de las cuales se transparentaba con toda claridad el delirio de grandeza y la irritabilidad mórbida.

Es probable que los hechos de fin de año de 1891 hayan sorprendido a todo el mundo comprendido, aunque en menor grado, el entorno médico de Maupassant, y que esta sorpresa hubiese sido el hecho del conocimiento y de la existencia de una sífilis. Era algo sabido, en esa época, que las sífilis más peligrosas para el cerebro eran las sífilis benignas; ahora bien, ésta, que se manifestaba de una manera tan intensa mediante determinaciones oculares, no podía ser considerada como tal; se creía también, aparte de los especialistas, que la parálisis general tenía una evolución muy rápida. Y viendo a

ambos a Maupassant, y que éste les había dicho al principio de un tratamiento que él había tenido la sífilis. »

Maupassant continuar su producción literaria, sus médicos no pensaban en absoluto que su sífilis diese paso a la parálisis general.

Si los hechos han sucedido con normalidad, la sífilis de Maupassant debe remontarse a principios del año 1879 como muy tarde. Pero tal vez es más antigua. En agosto de 1877, Maupassant va a tomar las aguas de Loèche¹ en el Valais; el hecho está consignado en la correspondencia de Flaubert. Pero, cosa curiosa, por un hecho tan poco significativo como acudir a una estación termal, el apellido de Maupassant solamente está indicado mediante tres asteriscos; sin embargo no creo que se pueda dar importancia a este episodio tan común en la vida de un neurótico que toda su vida frecuentó los balnearios. Es poco probable que los médicos franceses envíen muchos enfermos a Loèche-les-Bains, donde van preferentemente los artríticos, los reumáticos, los paráliticos, los neuróticos y realmente muy poco específicos.

A pesar de todo es difícil, con lo que conocemos a continuación de la vida de Maupassant, indicar el momento preciso donde pasa del estado de salud mental al estado de enfermedad.

La locura no es a menudo otra cosa que la exageración y despliegue de las tendencias naturales anteriores sobre todo en los individuos bastante fuertemente degenerados; eso es lo que se produjo en Maupassant; se encaminó poco a poco hacia la demencia parálitica sin que sea posible precisar la época exacta en la que comienza su locura. Desde el momento en el que, por la correspondencia de Flaubert, él pertenece a la historia, hasta el fin de su existencia, Guy de Maupassant se revela como un neurasténico y un depresivo; el fondo de su humor es triste, se queja de todo, de todos, de sí mismo y de su salud. Y, cosa curiosa, en un literato que quería esconderse tanto, cuya

¹ Loèche-les-Bains o Leukerbad (Valais). Aguas hipertermales, sulfatadas cálcicas medias, nitrogenadas y carbónicas débiles.

constante preocupación fue ocultar celosamente su vida al público, su obra está llena de él, y le ha faltado, aunque lo intentaba siempre, observar con impasibilidad.

Aquellos que, más tarde, después de lo que se ha llamado la catástrofe, se explicaron finalmente la presencia de cuentos raros como *el Horla*, surgiendo de vez encunado como una grieta en la obra, por otra parte tan homogénea de Maupassant, sin embargo no han observado en ella una tendencia que se encontraba ya más que en germen en Joseph Prunier, el Maupassant de 1875, que firmaba con ese seudónimo de remero *la Mano disecada*¹, su primer cuento. A Maupassant le gustaba de vez en cuando, como le gustaba siempre a su ilustre compatriota Jules Barbey d'Aureville, jugar con lo sobrenatural, lo extravagante, lo fantástico. La mano disecada no es más que un juego, un tema, tal vez la traducción de una leyenda del país normando. Pero más tarde, lo sobrenatural se venga y tal vez por haberlo considerado antaño cuando él era de sangre fría, para ahora considerarlo como estando en el orden de las cosas posibles, Maupassant ya no rectifica e introduce en sus cuentos sus propias alucinaciones.

De este modo tenemos las visiones de *Sobre el agua* (en la antología *la Casa Tellier*) que son alucinaciones de alcohólico y de las que hablaremos más adelante; ahora bien, ese cuento está publicado en 1881 y tal vez haya sido escrito en 1880 o incluso antes.

En 1882 aparece *¿Loco?* en la antología *La señorita Fifi*; comienza la obsesión por la locura, pronto seguida en 1883 por la del miedo y la muerte que no cesará de acosar a Maupassant hasta el final. Este miedo a la muerte se manifiesta, en efecto, en el volumen *Al Sol*, escrito como muy tarde en 1883 y publicado en 1884. «La vida, tan corta, tan larga, a veces se hace insoportable. Se desarrolla siempre del mismo modo, con

¹ Ese cuento ha sido reeditado en el I volumen (*Bola de Sebo*) de la edición Conard.

la muerte al final... ¡Hagamos lo que hagamos, moriremos! Creamos lo que creamos, pensemos lo que pensemos, intentemos lo que intentemos, moriremos... Uno se siente destrozado bajo el sentimiento del inmortal misterio de todo, de la impotencia humana y de la monotonía de las acciones.»

El miedo a estar solo, que se observa en Maupassant en la misma época, ya no es sin fundamento anatómico; Paul Bourget, que fue íntimo compañero de Maupassant, indicaba desde esa época en su amigo «cruelas alucinaciones»¹. En el relato *Él*, publicado en 1884 en la antología *Las hermanas Rondoli*, Maupassant cuenta que se casa, no como objetivo último, sino únicamente para no estar solo; tiene miedo de estar solo porque tiene alucinaciones.

Este relato fue escrito probablemente en 1883. Maupassant ya está profundamente afectado, pues no rectifica apenas; su sentido crítico no le advierte ya que esas no son cosas a publicar; necesita afirmarse, como los miedosos que cantan por las noches, no puede impedir confesar que la alucinación a partir de ahora invisible, está allí en su pensamiento, detrás de él, detrás de todo lo que se abre; sus afirmación pasada es una engañifa, Maupassant hace literatura con su mal. Conserva su miedo de estar solo que es la consecuencia mórbida de la alucinación. En diciembre de 1884, publica en el *Gil Blas* y en 1885, en la antología *Toine, El armario*.

Esta enfermedad se confirma en el transcurso de su viaje a Italia y en Sicilia en la primavera del año 1885. El Sr. G. Ragusa Moleti, quién, en *l'Ora*² escribe un epílogo sobre la estancia de Guy de Maupassant en Palermo, cuenta que a una de esas mujeres «que, ellas también, tienen miedo de quedar solas, incluso durante el día», le confió como se confía «una rareza incomprensible», ese miedo al aislamiento que sufría

¹ G. Chatel. Maupassant pintado por sí mismo. *Revue bleue*, 11 de julio de 1896, p. 47.

² Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 407.

Maupassant; el hecho le fue confirmado por Oddone Berlioz y por Pipitone Federico, quién le escribió más tarde: « quería a las mujeres, no por una necesidad de sus sentidos ya apagados, sino para tener una compañía durante la noche. » El Sr. G. Ragusa Moleti refiere también algunas bromas extrañas a las que Lumbroso considera no se les deben conceder ninguna importancia y que tal vez no las crea; porque si realmente fuese su costumbre cuando estaba entre amigos, es verdaderamente insólito ver que no privaba de ellas a los extraños. Una era de mal gusto, la otra era banal, y, según nuestra opinión, ambas no pueden indicar más que una falta sintomática de mesura.

«El miedo que Maupassant tenía a lo desconocido », dice Ragusa Moleti, « le hacía a menudo girarse con brusquedad, para ver, cuando no había nadie allí, quién estaba detrás de él.»

Después de su estancia en Italia y en Sicilia, Maupassant fue a hacerse una terapia en la estación termal de Châtel-Guyon, donde se hizo un lavado de estómago y de donde obtiene las primeras impresiones que deberían servirle como marco ambiental de *Mont-Oriol*.

Los críticos son unánimes al declarar que *Mont-Oriol* inaugura el segundo estilo literario de Maupassant; esta novela, escrita en el transcurso de los años 1885 y 1886, apareció en los primeros días de 1887. La bibliografía razonada de las obras de Maupassant todavía está por hacer, pero ha sido comenzada por el editor Conard y la conoceremos en su totalidad el día en el que la edición de las obras completas esté acabada. Se podrá entonces establecer un gráfico exacto de la producción anual de este literato y obtener de ese modo informaciones bastantes precisas sobre las relaciones que pueden existir entre la actividad intelectual y la enfermedad de Maupassant. No obstante se puede trazar una curva provisional de esta producción eliminando las obras póstumas y teniendo en cuenta el hecho de que los volúmenes editados contenían generalmente el trabajo del año anterior.

Se ve que tal curva que se inicia con dos volúmenes en 1880 (esas dos primeras obras resumen además el trabajo de cinco años) se continua por un volumen en 1881, un volumen en 1882, luego sube rápidamente a dos volúmenes en 1883, cuatro volúmenes en 1884, cinco volúmenes en 1885: ahí se alcanza un máximo, ese es el fastigio; el escritor, joven aún, muy joven incluso para un autor ya ilustre (tiene treinta y cinco años), quién normalmente no debería aún estar fatigado, ve disminuir enseguida su producción; dos volúmenes en 1886, dos volúmenes en 1887, luego, con algunas oscilaciones, tres volúmenes en 1888, dos volúmenes en 1889, tres volúmenes en 1890, y nada más. No tengo intención de dosificar así la capacidad intelectual de un hombre de letras; eso sería un procedimiento absurdo, no pudiendo un cerebro obligatoriamente tener el caudal regular de un establecimiento comercial.

Pero en el caso particular de Maupassant, esta grosera estimación puede tener su valor relativo, pues Maupassant trata precisamente de mantener esta producción regular, fue un trabajador y su labor estaba motivada por grandes necesidades de dinero; entregaba artículos a plazos a los periódicos e intentaba ganarse holgadamente su vida.

Ahora bien, puede verse que después de su fastigio de producción Maupassant aborda su segundo estilo. Esta observación no carece de valor, pues en el momento en el que su producción disminuye, su tono emocional cambia y ese cambio no se opera de repente. Al principio, hay como una especie de reanudación de lo anterior y, pronto vencida, Maupassant se abandona a su nueva inclinación. El mejor ejemplo de esta transición es *Yvette*, publicado en 1885. Victor Havard, que fue un editor perspicaz, no se equivoca cuando le escribe a Maupassant el 10 de diciembre de 1886 a propósito de *Mont-Oriol*, entonces bajo las prensas de la editorial: « Da en este libro... una nueva nota que yo había adivinado en usted

hace ya tiempo. Había presentido estos acentos de ternura y emoción supremos en ... *Yvette* y otros¹.»

Parece que en *Yvette*, la impasibilidad altiva con la que le gustaba hasta ese momento esconderse, va a cesar; en un momento la mujer se venga, parece que va a poder salvarse, evadirse; Maupassant parece querer salvar a su heroína, seguramente lo piensa y luego no, se recupera a tiempo, pero basta que sintamos que ha dudado; esto nos prueba que está conmovido, tenemos el íntimo sentimiento de que la próxima vez cederá. Por primera vez uno de sus protagonistas ha mojado los ojos de Maupassant.

Este cambio bastante brusco de carácter, esta sensiblería forma parte de los síntomas de la parálisis general; se producen modificaciones a las cuales Maupassant no escapa, al mismo tiempo que se esconde menos y que tantea el mundo, el mundo para el que no estaba hecho.

«Se doblégó, bajo el peso », nos dice el Sr. Roujon, «fue presa de enfermedades, de invencibles insomnios, de incesantes dolores de cabeza. La melancolía lo invadió. Teniendo un miedo malsano a la enfermedad, nos hizo confidencias siniestras sobre su salud... su rostro se alargó; sus ojos, antaño húmedos y risueños, se hicieron vidriosos².»

La sensiblería exagerada de Maupassant se volvió abiertamente manifiesta y no ya solamente en sus escritos; en el transcurso de un rápido viaje que hizo a Inglaterra en el mes de agosto de 1886: allí un incidente cómico provocado por un cochero borracho, que sirvió de cicerone a Maupassant y a sus compañeros, «lo sacó de quicio », hasta el punto de pensar que acabaría el resto de la jornada « con convulsiones ». «Finalmente, medio riendo, medio sofocado, el Sr. de Maupassant entró en tal estado, que temí », dice el narrador del

¹ Lumbroso. *Loc. cit.* p.417

² Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 321.

incidente, «que nos detuvieran por locos...»¹. Parece además no haber visto más que Oxford y un poco Londres, y abandonó súbitamente Inglaterra, expulsado por el frío. Es así como, siempre tiritando, aparecerá Maupassant a sus amigos hasta el final... Escribió pues *Mont-Oriol*, que apareció en enero de 1887 y que pertenece claramente a lo que será a partir de ahora su segunda etapa. La crítica de la época se hace eco del debut de esta segunda etapa con Fuerte como la muerte, en 1889 (Hugues le Roux, *le Temps* del 15 de junio de 1889); pero Victor Havard no se había equivocado. « Sin embargo llegó un día », dice Pol Neveux, « en el que esta impasibilidad maestra perdió su inflexibilidad... al contacto con la vida y el sufrimiento. Y la obra del novelista... va a hacerse más tibia con una ternura que se apunta por primera vez en *Mont-Oriol*...²»

Esto no es, como se ha dicho, porque « el juglar ha sido acogido en los castillos », sino porque el juglar está enfermo y su punto de vista particular es una consciencia a partir de ahora enferma; no busca adaptarse, solamente busca un medio en el que lamentarse.

Al año siguiente, en 1887, aparece *el Horla*, que es la pintura más poderosa de un cerebro que penetra en la locura y que lucha, pero que no duda ya; la alucinación resiste a todo, el *Horla* no esta muerto, ha pasado a través de las puertas mejor cerradas, ha resistido al incendio: « Entonces... entonces... ¡voy a tener que matarme!...» *El Horla*, que, como veremos en la tercera parte de este trabajo, está lleno de ideas delirantes que van desde la falsa interpretación a las ideas de negación y enormidad, asombró a los lectores de Maupassant; les pareció extraña, sin significación y sin alcance, pero hoy en día se nos presenta como el más bello y lamentable grito de desesperación

¹ *Ibid.*, p. 596

² Pol Neveux. *Guy de Maupassant*, estudio. T.I. de la edición Conard, p. LXVIII

que jamás haya sido emitido por una inteligencia que permanecía siendo genial a pesar de la enfermedad.

En medio de esas perpetuas angustias causadas por las siempre amenazadoras alucinaciones, por las crisis de panofobia, por el estado de la vista cada vez remitiendo, por las preocupaciones que ocasionaban los comienzos de la locura de su hermano Hervé, por el estado inestable de la salud de su madre, Maupassant se volvió irritable, quisquilloso. Desde luego, las demandas judiciales de Maupassant que vamos a ver sucederse desde 1888 a 1891 tienen todas un motivo razonable; pero la patología se encuentra allí a causa de los pormenores con los que imprime la marca de su espíritu herido.

En enero de 1888, Maupassant publicaba en el Suplemento literario del *Figaro* un estudio sobre la Novela que debía servir de prefacio a *Pierre y Jean*. En este estudio el director del *Figaro* había creído necesario hacer recortes; este proceder irritó a Maupassant, que demandó al *Figaro*. Y se ven manifestarse en el transcurso de los preliminares de una acción judicial que finalmente no llegó a su término, todas las deformaciones que la enfermedad de Maupassant provocaba en las cosas. Los hombres de ley que velaban por sus intereses se percataron de ello. El abogado Strauss parece dudar de que ese prefacio hubiese sido solicitado a Maupassant « por tantas revistas » y encuentra exagerada una demanda por 5000 francos de indemnización más intereses. Luego, después de tantas gestiones, de quejas, de amenazas, de temores por su prestigio literario, Maupassant hizo suspender la causa, conformándose con una nota de cinco o seis líneas en el *Figaro*¹.

En 1889, Maupassant va a hacerse una cura a la estación termal de los Vosges; sufre allí de dolores reumáticos, pero su estómago estaba bastante mejor al cabo de cuatro días; sus

¹ Ver al respecto las cartas publicadas por Lumbroso. *Loc. cit.*, a partir de la p. 421.

piernas habían recuperado la elasticidad aunque padecía de calambres en las manos y en los hombros. Pero, desgraciadamente, su vida es un perpetuo volver a comenzar: apenas regresó a Étretat, vuelve a ser invadido por las migrañas, debilidad e impaciencia nerviosa. «El trabajo », dice a su madre, « me resulta absolutamente imposible. Desde que escribo dos líneas ya no sé lo que hago, mis ideas huyen como el agua de una cisterna¹» El miedo a la muerte de las que tenemos una referencia en el *Diario de los Goncourt*, se exaspera.²

A partir de 1890, la debacle es completa; su irritabilidad se vuelve extrema: Edmond de Goncourt anota el 10 de enero, en su diario, que Maupassant, que acaba de alquilar un apartamento en la avenida Victor Hugo, busca una habitación para dormir « a causa del paso ante su casa de los ómnibus y camiones »³.

¿Ha encontrado esa habitación? Es entonces cuando el trabajo nocturno de un panadero establecido en el segundo subsuelo de la casa, le produce insomnios terribles. Es ejercida sobre el domicilio una vigilancia incesante, el panadero está aliado con el propietario: ideas persecutorias, ideas de grandeza: «Me es imposible dormir e incluso trabajar en el tumulto de esta casa.» Nueva amenaza de una demanda, cartas violentas, consulta a un arquitecto experto, que confiesa que no hay nada que hacer, etc., etc., etc.⁴. Padece una influenza incurable y espantosas neuralgias, necesita calor tropical⁵.

Apenas se soluciona el tema de la avenida Victor Hugo, cuando surge el asunto del retrato de las *Veladas de Médan*. Charpentier, el editor, viejo amigo de Flaubert, protector de los

¹ Carta publicada en Edición Conard, t.I. p. CLXIII

² *Diario de los Goncourt*, Fasquelle, París, t. VIII, p. 57.

³ *Ibid.*, p. 122.

⁴ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 439.

⁵ *Ibid.*, p. 249.

inicios de Maupassant, publica en mayo de 1890 una nueva edición de las *Veladas de Médan*, precedida de los retratos a aguafuerte de los narradores, de los que algunos, como en particular Maupassant, no fueron advertidos. Charpentier tuvo ciertamente sus razones para creer que le estaba permitido actuar así; nosotros no conocemos más que las razones de Maupassant. Fue extremadamente violento e intransigente hacia el viejo amigo del buen Flaubert; fue a visitarlo a la calle de Grenelle y amenazó al editor con dirigirse a la justicia. «Usted no ignora en absoluto », escribe a Charpentier, « que, desde hace mucho tiempo ya, me niego completamente a dejar ejecutar, exponer o vender ningún retrato mío... He rechazado esta autorización a M. N... para *le Monde illustré*. La he rechazado además a diez periódicos, a *l'Illustration*, etc. » Las excepciones, decía, no tenían lugar más que por sorpresa. Ahora bien, tanto que fue una sorpresa, puesto que cuando Maupassant tuvo conocimiento del retrato, la edición acababa de aparecer; y él exigía un secuestro de los volúmenes en los almacenes de todos los depositarios y la supresión del aguafuerte.

Sin embargo también, subraya el Sr. Edouard Maynial, la edición Havard de *Des Vers* (1884) contenía su retrato al aguafuerte por *Le Rat*¹ y, el 9 de febrero de 1888, es decir recientemente, un mal retrato de Maupassant, o más bien una mala reproducción de uno de sus retratos había sido difundida por una revista de buena tirada, *la Vie Populaire*, que la publicaba en el momento en el que iba a publicarse *Pierre y Jean*. Maupassant imponía a Charpentier unas condiciones draconianas, a su viejo amigo de los veinte años, publicando una obra de arte cuando dos años antes no había hecho ninguna

¹ Ver sobre todo este asunto a Lumbroso, *loc. cit.* p. 43 y Edouard Maynial, *La Vie et l'Oeuvre de Guy de Maupassant*. Societé du Mercure de France. Paris, 1906, p. 159.

objeción con motivo de la vulgarización de su imagen en el periódico de Paul Piégu.

La exasperación de Maupassant en el transcurso de estos diversos litigios que señalamos a partir del año 1888 es tal que pierde en ellos casi lo que Leonardo da Vinci llama la señoría de sí mismo. Las cartas que escribe en estas circunstancias prueban que el poder de control está aniquilado. Estas cartas presentan los caracteres que ofrecen los caracteres de los paráliticos generales al principio: elaboración difícil, repeticiones, sobrecargas, tachaduras, frases mal construidas, errores de sintaxis, faltas de ortografía, oscurecimiento de la expresión. No se puede decir realmente que haya en ellas nada que pueda llamarse literatura.

La hiperexcitación de Maupassant se traduce por unos desplazamientos más numerosos que nunca, su estado físico es cada vez peor. Edmond de Goncourt, que lo ve en la inauguración del busto de Flaubert, anota en su diario con fecha 23 de noviembre de 1890: «Quedé impactado esta mañana de la mala cara de Maupassant, de la delgadez de su figura, de su tez rojiza, del carácter marcado, así como se dice en el teatro, que ha adquirido su persona, e incluso de la fijeza enfermiza de su mirada...»¹, y Pol Neveux, el mismo día, vio a un Maupassant delgado, tiritando, con el rostro hundido, que incluso dudaba en reconocer².

Algunos meses después, en 1891, se producía la catástrofe, inevitable, fatal. Maupassant escribió a su madre en el mes de marzo que había tenido la influenza y que esa enfermedad lo había hecho sufrir mucho. Es realmente en esta época cuando hay que situar en el tiempo otra carta de Maupassant en la que refiere una conversación que tuvo con el Dr. Magitot, especialista de las enfermedades de la boca y los dientes, miembro de la Academia de Medicina. Esta conversación tiene

¹ *Diario de los Goncourt*, t. VIII, p. 180

² Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 218.

para el tema que nos ocupa una importancia muy grande, porque es el único ejemplo que conocemos de un consejo auténticamente sabio y perspicaz dado al enfermo. Es interesante citar el pasaje completo: « Puesto que tengo la suerte de encontrarle, lo que deseo desde hace tiempo, voy a darle unos consejos prudentes, pues ha llevado usted una vida de trabajo que habría matado a diez hombres ordinarios. Hace tiempo que lo pienso y que quería advertirle. Ha publicado usted 27 volúmenes en diez años, esa labor loca ha devorado su cuerpo. El cuerpo se venga hoy y le inmoviliza en su actividad cerebral. Necesita un largo y completo descanso, señor. Le hablo como haría con mi hijo. Lo que usted me ha contado de sus proyectos no me parece nada bueno. ¿Qué pretende hacer? Es vital que abandone París. No vuelva a Niza, es una ciudad enervante como ninguna otra; en verano, el puerto es un infierno, el monte Boron igualmente.»

«Le he hablado de mi barco y me ha dicho:

«Lo conozco. Me parece muy bonito. Es un juguete encantador para un muchacho saludable que se pasea con sus amigos, pero no es una habitación de reposo para un hombre fatigado de cuerpo y espíritu como usted.

«En los días buenos, es la inmovilidad bajo el sol brillante sobre un puente ardiente, al lado de una vela deslumbrante. En los demás días, es un inhabitable domicilio bajo la lluvia, en los pequeños puertos.

«Si fuese dos o tres veces más grande y confortable que una vivienda, le diría adelante, vaya. O bien, si usted estuviese en un país casi sin casas, a orillas del mar y boscoso, y solo, le diría: Sírvase todos los días de ese barco, pero no viva en él sin otro domicilio. Lo quisiera ver muy aislado, en un país muy sano, no pensando en nada, no haciendo nada, y sobre todo no tomando ningún medicamento de ningún tipo. nada más que agua fría¹.»

¹ Edición Conard, t.I., p. CLXX:

Y Maupassant no siguió ese consejo. No dio ninguna satisfacción a Magitot excepto en un punto: el agua fría. Sin embargo, para estar bien seguro de que estuviese bien fría, se dirigió a los balnearios de aguas heladas de Champel y de Divonne. En esa misma época había consultado con el profesor Déjerine, que le había dicho, pero es Maupassant quién lo cuenta, que era neurasténico, que su constitución física excelente le proporcionaría larga vida y que la higiene, las duchas y un clima tranquilo y cálido en verano, largos descansos intensos y muy solitarios le devolverían la salud. La carta en la que Maupassant resume así la consulta con Déjerine y de la que el barón Lumbroso nos ha proporcionado un facsímil es curiosa¹.

No tiene la forma regular de los escritos anteriores de Maupassant: la escritura es un poco temblorosa, la pluma tropieza por momentos, hay vacilaciones, tachaduras, faltas de ortografía, las letras están mal formadas, se puede sentir el esfuerzo físico e intelectual de un hombre que ya no es dueño de sí; al final de la carta, la fatiga es notable. Se encuentran allí también algunas ideas de grandeza en relación con su pieza teatral *Musotte*, que se disputan en el extranjero y en provincias. «Obras dramáticas», decía a Jacques Normand, su colaborador para *Musotte*, «podría hacer tantas como quisiera... Piense usted que además de mis novelas... he publicado más de doscientos relatos que, todos o casi todos, ofrecen un tema dramático» Y a V. Koning, director del Gymnase: «Ha tenido usted un éxito con el menor de mis relatos. Ahora bien, he escrito 120 relatos al menos que valen más que éste, así pues son 120 éxitos que se le escapan, es decir una fortuna, años de fortuna que se van. Lo siento por usted².»

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 40.

² *Ibid.*, p. 291.

En junio de 1891, Maupassant se dirige a Divonne-les-Bains, que abandona al cabo de tres días, según cuenta Dorchain, tras haber escrito a su madre una carta que Lumbroso considera la última y de las que nos ofrece en su libro un facsímil¹. Esta carta es más reveladora aún que la del 14 de marzo; está datada el 27 de junio de 1891: comienza así: « *Algunas palabras únicamente, mi querida madre, pero no voy lejos y volveré...* », lo que no tiene ningún sentido y que, volviéndola a leer, Maupassant la hizo preceder de estas otras palabras: « *Quiero decirte que dejo Divonne dentro de...* » Esta carta se presenta mal, está llena de tachaduras, de letras deformadas, sobre todo en la primera y en la cuarta página; el aparato de transmisión se pone difícilmente en marcha, luego, tras un cierto trabajo, se fatiga; la tercera página es con mucho la mejor escrita. Sin embargo, en esta tercera página, algunas palabras han sido omitidas: Maupassant había escrito: « *Un mot très sage* », lo corrige y escribe: « *Il a répondu un m un mot très sage...* » Al principio de su carta en lugar de « *reviendrais* », al principio escribe: « *revierais* », luego « *revienais* » y por último, tacha su torpe intento para escribir correctamente « *reviendrais* ».

«En «j'y»», Maupassant no llega a colocar correctamente su apostrofe, que está rodeado de puntos indicando los tropiezos de su pluma; escribe al principio *touches* por *douches*, *lide* por *lire*; queriendo escribir Dorchain, escribe al principio Darchin, luego por último Darchain, no consiguiendo escribirlo correctamente; todavía podemos observar: « *Vous êtes gueri* ». *idée* por *idée*, etc. Las letras están mal formadas, la escritura es temblorosa, vacilante, irregular, angulosa, a veces atáxica. El final de la carta es de una escritura infantil. Y el pobre Maupassant se cree obligado a hacer creer que la carta está escrita « *con mano mucho más segura* ».

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p.44

«Unas ideas de grandeza o más bien exageraciones se dejan ver en esta carta donde Maupassant escribe: «*Las duchas me han musculado y engordado extraordinariamente*», pues, para tranquilizar a su madre como se propone, era inútil añadir «*extraordinariamente*. »

El tiempo lluvioso y frío, decía, y una carta de Taine lo incitaban a dejar Divonne y a dirigirse a Champel; allí se encuentra con Auguste Dorchain, a quién contó otra versión: había sido expulsado « por una inundación que había invadido su habitación, y por la obstinación de un médico que se había negado a administrarle la ducha más dura, la más fría, la que solamente se administra a los fuertes, la ducha de Charcot! »

Su excitación era extrema: mostrando a Dorchain su paraguas, le decía: « Mire este paraguas, solamente se puede encontrar en un lugar descubierto por mí, y ya he hecho comprar más de trescientos iguales entre los allegados a la princesa Mathilde.» Un día se había defendido con su bastón contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás; sus fuerzas habían regresado, había realizado una hazaña amorosa con una bella muchacha de Ginebra. Y Maupassant contaba todo eso a Auguste Dorchain al que casi no conocía; hizo algo mejor, le contó el *Angelus*, su novela nunca finalizada; hacía un año que no había podido escribir ni una sola línea y declaraba querer matarse si su novela no estaba acabada dentro de tres meses. « Y Maupassant lloraba cuando finalizó su relato...¹ » A continuación manifestó que era materialista, que no creía en nada, y sin embargo era la época en la que, como cuenta Bourget, él había hecho de *La imitación de Jesucristo* su libro de cabecera. Era estrechamente vigilado por el Dr. Cazalis y, « al cabo de tres « días », no dice Dorchain, « no habiendo podido obtener la ducha de Charcot,

¹ Sobre la estancia de Maupassant en Champel, ver Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 51.

partió ». Pretendía darse sinfonías de olores con frascos de perfumes.

No tenemos otras informaciones sobre lo que le sucedió durante el mes siguiente. Edmond de Goncourt anota el 9 de diciembre en su diario: « Popelin, advertido de que había un comienzo de tartamudeo en Maupassant, no observó este verano ese tartamudeo en casa del novelista en Saint-Gratien, pero quedó impactado de la inverosímil exageración de sus relatos. En efecto, Maupassant hablaba de una visita que había realizado al almirante Duperré, en la escuadra fondeada en el Mediterráneo, y de un número de cañonazos disparaos en su honor y para su placer, cañonazos a cien mil francos, pese a que Popelín le hiciese observar la enormidad de la suma. Lo extraordinario de este relato es que Duperré dijo a Popelin que en aquella época no había visto a Maupassant»¹.

Estas ideas de grandeza se traducían de un modo más permanente todavía por la impresión de sus armas en el fondo de su sombrero, armas encumbradas por una corona de marqués². Todo el mundo le creía marqués: « todos esos marqueses de Maupassant », dice la Sra. Lecomte du Nouy, y hay ahí un error que conviene disipar. En primer lugar, Gustave de Maupassant, su padre, aún vivía y además no era marqués; un Maupassant recibió ese título, pero no era un título que se pudiese heredar. Existía una corona sobre las armas de Maupassant, pero figuraba allí porque los descendientes del marqués habían olvidado quitarla.

Maupassant no podía dejar pasar el año 1891 sin emprender una demanda; no hubo una, sino que hubo dos.

En el mes de octubre, se trata del asunto contra su editor Victor Havard; además habría que decir los asuntos, pues eran varios. Pero no conocemos más que el de *la Casa Tellier*, de la que Havard habría dejado la edición agotada durante tres

¹ En *Journal de los Goncourt*, t. VIII, p. 287, 288

² *Diario de los Goncourt*, T. VIII, p. 288

meses; Maupassant obligó a su editor a trabajar las veinticuatro horas para realizar una tirada de 5000 ejemplares, y Havard lo hizo¹.

Al mes siguiente, se trataba de una demanda contra un editor de América que había hecho escribir con uno de sus cuentos, y bajo su nombre, una novela. Maupassant, siempre celoso de sus intereses, incluso y sobre todo en esa época, se hechó hacia atrás ante los gastos que hubiesen supuesto una acción ante la jurisdicción americana; pero escribió el respecto cartas sin mesura, violentas, brutales, llenas de faltas, de errores, de autocomplacencia y de orgullo².

Con toda seguridad, Maupassant ya no estaba allí del todo; ya no era dueño de sí; la defensa de sus intereses le hacía perder el control. Tal vez no se trataba de otra cosa que una especie de lucha contra la impotencia que lo desesperaba. « Adiós, no hasta luego, adiós », decía a José M. de Heredia, « Mi resolución está tomada. No me arrastraré. No quiero sobrevivirme. ¡He entrado en la vida literaria como un meteoro; saldré de ella como un rayo!»³. Achacaba a la amnesia la imposibilidad de encontrar sus palabras, del desdoblamiento de la personalidad...

El 9 de diciembre, Edmond de Goncourt escribe en su diario: «Maupassant estaría atacado de la locura de grandeza, creería que ha sido nombrado conde y exigiría que se le llamase: «Señor conde⁴.»

Sus allegados estaban muy preocupados; la Sra. Lecomte du Nouy cuenta que a primeros de diciembre, en Cannes, Maupassant, instalado tranquilamente una noche en su ventana,

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 451.

² Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 452.

³ Citado por Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 206.

⁴ *Diario de los Goncourt*, t. VIII, p. 287.

disparaba un revólver en la oscuridad, creyendo haber oído a alguien escalar por el muro del jardín¹.

En todo el transcurso del mes de diciembre, a su poca coherencia se unen presentimientos. A su abogado, el Sr. Jacob, escribe: «Me encuentro tan enfermo que tengo miedo de estar a la muerte dentro de algunos días a consecuencia de un tratamiento que se me ha hecho seguir...» Luego, algunos días después, le envía sus testamento en el que añade a continuación un codicilo; manifiesta que va de mal en peor, que no puede comer nada, que su cabeza está abotargada, que no puede permanecer en Cannes; «me estoy muriendo. Creo que estaré muerto dentro de dos días... Es una despedida que os envío»².

Parece que este testamento escrito a al menos revisado y corregido apenas un mes antes del internamiento de Guy de Maupassant haya contenido diversas cláusulas contradictorias cuya interpretación fue sometida al tribunal³. Parece haber desheredado a su padre, hacia el que siempre había hecho gala de buenos sentimientos, y su cuñada, aún excusándole, cree poder quejarse del modo que él la trataba⁴. Además Maupassant se había hecho muchas ilusiones sobre su fortuna.

El estado de confusión mental en el que se encontraba en ese momento aumentaba los trastornos de su afectividad. A pesar de una promesa formal, abandonaba a su madre el día de Navidad para ir a cenar a las islas Santa Margarita con dos amigas; algo paso sin ninguna duda, en el transcurso de esa fiesta íntima, algún acto delirante, amenazas, violencias (?), que espantó a ambas mujeres. Al día siguiente, las dos amigas huyeron.

¹ Lumbroso, *Loc. cit.*, p. 67.

² Ver el texto completo de estas cartas, en Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 454, 460.

³ Hoy en día se conoce el contenido de este testamento. Puede leerse en el sitio web <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant> en la sección Miscelánea. (N. del T.)

⁴ Ver las cartas de la Sra. Hervé de Maupassant, en Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 486, 488.

El primer día del año 1892, a pesar de una nueva promesa, no es más que bajo la insistencia de su ayuda de cámara como accede ir a ver a su madre; esa fue su última visita. ¡Qué disminución de los sentimientos afectivos de Maupassant, que antes, abandonaba todo por ella!

Sin embargo, con los ojos llenos de lágrimas, la abrazó con una «efusión extraordinaria », y durante toda la jornada la Sra. de Maupassant no observó nada más que una cierta exaltación; pero por la noche, en el transcurso de la cena, « dijo cosas realmente delirante; contó que había sido advertido por una píldora de que había ocurrido un acontecimiento que le interesaba. Ante el asombro del auditorio, se volvió a sentar; a partir de ese momento permaneció triste y la cena se acabó...»

Nada le puede impedir regresar a Cannes¹. Una vez en su casa, Maupassant se acostó tras haber despedido a su ayuda de cámara, luego por la noche, tras haber intentado suicidarse con su revólver, cuyas balas habían sido retiradas por prudencia, después de la escena contada anteriormente, intentó degollarse con su cortapapeles; no consiguió más que herirse el rostro, profiriendo «terribles aullidos de dolor²»

Pocos días después, Maupassant era conducido a la residencia hospitalaria del Dr. Blanche, en Passy. La Sra. Lecomte du Nouy, que es un poco optimista, creo yo, localiza esas dos tentativas de suicidio en una hora « de absoluta lucidez ». Esta explicación es inútil; Maupassant había entrado desde hacía algún tiempo ya en la demencia y sus dos tentativas pertenecen a su enfermedad: se dispara varios tiros antes de darse cuenta de que no hay balas; ¿y se da cuenta? Intenta cortarse el cuello con un cortapapeles, falla, y, en lugar de volver a comenzar, emite aullidos como un demente clásico.

La historia de Maupassant en la residencia del Dr. Blanche es banal. «Pasaba horas enteras en el jardín, mirando las flores

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 76, 118.

² Lumbroso. *Loc. cit.* Relato de la Sra. Lecomte du Nouy, p. 68.

y las plantas... Todos los fenómenos de la vegetación lo atraían especialmente; veía una vida oscura en esas flores y en esas plantas y expresaba esa visión con frases pueriles de una infinita tristeza.

«El médico que lo trataba anotó muchas de esas frases en un pequeño cuaderno que he tenido la gran fortuna de ver en casa del conde Joseph Primoli. Con mucha frecuencia estaba preocupado de la profundidad de la tierra y del perjuicio que los ingenieros le ocasionaban. Esta idea se repite a menudo en estas breves anotaciones, como una cantinela: aquí están los ingenieros, los ingenieros que excavan la tierra, los ingenieros que horadan...

«Las últimas palabras son como una confesión y un deseso: «¡Tinieblas! ¡oh! ¡tinieblas!¹»

También se cuenta que él decía que unas uvas que le habían sido enviadas por la Sra. Lecomte du Nouy, eran de cobre, que plantaba ramas en la tierra y exclamaba: «Plantemos esto aquí; encontraremos el año que viene pequeños Maupassant.» Creía estar salado, estar lleno de joyas que tenía miedo de perder yendo a la sala, se decía perseguido por los médicos que lo esperaban en el corredor para inyectarle morfina, lo que le provocaba agujeros en el cerebro; acusaba a su sirviente de haberle robado 6000 francos que, al cabo de algunos días, se transformaban en 60.000 francos; sus alucinaciones se vinculaban con ideas de riqueza, imitaba duelos y por la noche hablaba de millones y de pederastia.

En definitiva nada de particular, nada que se salga de lo ordinario en esta enfermedad. Maupassant también presenta crisis de afasia, no reconocía siempre su mundo y en los últimos días arrojó una bola de billar a la cabeza de otro

¹ Diego Angeli (Didacus) 1895, citado por Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 516.

enfermo. parece que todavía jugaba, y muy bien, al billar, y que durante el juego componía versos.¹

He aquí todo lo que se sabe hoy de la enfermedad de Maupassant. Murió el 6 de julio de 1893, un año y medio después de su ingreso en la residencia del Dr. Blanche.

Trayendo a colación la historia de la enfermedad de Maupassant, hay un punto que he silenciado: se trata del uso que este hombre de letras habría hecho de los narcóticos. El Dr. Meuriot, que fue uno de los médicos de Maupassant en la residencia del Dr. Blanche, contaba: «Consumía éter, cocaína, haschis, morfina...²» «De este libro », decía Maupassant a Maurice de Fleury hablando de *Pierre y Jean*, « no he escrito ni una línea sin embriagarme con éter...³» Como informaciones, eso es todo, y es poco. Solamente el consumo del éter no parece dudoso. En el volumen *Sobre el Agua*, Maupassant expresa los efectos de un modo muy exacto; ¿pero hay que deducir que haya hecho un uso indebido de un medicamento, para remediar unas violentas neuralgias? Eso no era propio de Maupassant; Maupassant no era curioso como Baudelaire, ni perverso; velaba esencialmente por su salud, sabía demasiado bien que esos narcóticos son venenos para haberlos usado de otra forma que no fuesen como medicamentos. Es cierto que se ha drogado mucho, pero también es cierto que se cuidaba demasiado a sí mismo para que el uso de un medicamento hubiese podido convertirse para él en un hábito y una necesidad. Si ha sacrificado a veces lo

¹ Ver para más detalle la obra citada de Lombroso y el tomo IX del *Diario de los Goncourt*.

² Lombroso. *Loc. cit.*, p. 93.

³ Maurice de Fleury. *Introduction à la médecine de l'esprit*. Alcan, Paris, 1897, p. 139.

mórbido a lo artificial, ha sido a su pesar y sin ninguna premeditación.

Una sola vez y con un objetivo, Maupassant describió un envenenamiento: fue en *Yvette*, una tentativa de suicidio por cloroformo. La descripción que hace de los efectos de ese narcótico es poco satisfactoria; es inverosímil que esa descripción sea producto de su imaginación; Maupassant, siguiendo su costumbre, anotó lo que sintió él mismo do lo que otro le dijo haber sentido. Fuese quien fuese el experimentador, éste no llevó la intoxicación muy lejos; Maupassant hace sentir a *Yvette* las sensaciones que se experimentas después de dos o tres aspiraciones de cloroformo, un muy pequeño inicio de borrachera hasta ese momento, donde la sensibilidad comienza a disminuir y mucho antes que los tan característicos zumbidos del oído de los que él no habla. El sueño que a continuación describe no forma parte del todo en el proceso de la narcosis por cloroformo, sobre todo cuando no llega más que al punto al que ésta ha sido llevada.

Si Maupassant no se ha envenenado nunca más que de ese modo, es que realmente no era curioso o tenía miedo. Soy de la opinión del Sr. Edouard Maynial que dice: «No hizo en absoluto un uso «continuo» y me separo de él cuando dice que había en Maupassant una «curiosidad perversa»¹. Creo que Maupassant usó narcóticos como se usan medicamentos; que padeciendo de migrañas y neuralgias en la época en la que escribió *Pierre y Jean*, combatió esos dolores con éter, pero sin ir probablemente hasta la embriaguez y sin que una curiosidad enfermiza haya podido sobrevivir en él a la desaparición del dolor.

No parece pues que el uso que hizo de los medicamentos pueda añadir gran cosa a la historia de su enfermedad. Esta enfermedad tiene una evolución muy larga; esta es una de las

¹ Edouard Maynial. *La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant*. Societé du Mercure de France. Paris, 1906, p. 227.

características que, desde Morel, Falret, y sobre todo desde Dautrebe¹, se asigna a la parálisis general congénita. Maupassant fue un enfermo congénito de algún modo como lo hemos visto antes, cuando he referido lo que sabemos con certeza sobre sus antecedentes; digo: lo que sabemos con certeza, pues parece que haya habido otra cosa sobre la que no tenemos detalles: «¿No había entre sus antepasados (puedo volverlo a decir puesto que se ha dicho ya) varios alienados?», dice Maurice de Fleury². Sin que sea fácil establecer el momento preciso en el que Maupassant se convierte en un paralítico general, podemos fijar sin embargo la época a partir de la cual la duda no se presenta: es en el año 1883, donde sabemos que no niega ya las alucinaciones que presenta. La enfermedad ha durado pues al menos diez años; nada sería más fácil que hacer remontar su inicio más lejos si quisiéramos utilizar el caso Maupassant para someterlo a las necesidades de una causa: la larga evolución de la parálisis general en los congénitos. Pero ¿no hay ahí más que una apariencia? Los congénitos no están siempre virtualmente tarados; manifestándose su degeneración frecuentemente por estigmas exteriores, se puede, si incluso se lo remonta muy lejos en su historia, encontrar en toda época los indicios de un funcionamiento anormal del cerebro. Ahora bien, la parálisis general, como es una enfermedad que afecta a todo el encéfalo, se traduce por síntomas que se encuentran en otras enfermedades mentales; solo, el conjunto de sus señales físicas es patognomónico y solo el médico puede apreciar en ellos su valor. Ahora bien, como la parálisis general no se presenta al médico más que en una época en la que la enfermedad dura desde ya hace cierto tiempo, es difícil para ese médico, si el enfermo es un congénito que desde hace tiempo ya presenta señales psíquicas de degeneración, decir, incluso

¹ Dautrebe. *Thèse de Paris*, 1870.

² Maurice de Fleury, *Loc. cit.*, p. 138.

aproximadamente, después de haber estudiado su pasado, en qué época comenzó la enfermedad. Si no se tiene cuidado puede pensarse en la parálisis general cuando los síntomas tal vez no sean aún más que la expresión de la degeneración mental.

Esto podría ocurrir en Maupassant: porque él fue un neurasténico desde 1876 y que más tarde presenta una parálisis general en forma neurasténica, sin embargo tenemos el derecho de decir que esta parálisis general comenzó en 1876. Este error, que es justificable cuando se apoya en señales tan poco precisas como las de tipo psíquico, ha sido precisamente cometido en Maupassant con motivo de la desigualdad pupilar. Sus biógrafos Lumbroso, Maynial, Louis Thomas, citando la carta de Landolt de la que hemos dado los elementos más importantes, insisten sobre la importancia de los trastornos pupilares en el diagnóstico de la parálisis general; a este respecto no dejan de citar la tesis de Mignot¹. Pero nada prueba que la desigualdad pupilar, observada en 1882 en Maupassant, haya pertenecido a la parálisis general. Se observa la desigualdad pupilar en otras enfermedades, en particular en el transcurso de las enfermedades oculares, del corazón, infecciosas, neurosis; incluso se presentan desigualdades pupilares fisiológicas². Maupassant tal vez tenía, antes de su parálisis general, otra razón para presentar trastornos pupilares: una afección en los ojos que nosotros creemos que se trataba de una iritis crónica.

Solamente las alucinaciones nos dan la certeza de que Maupassant era paralítico general desde 1883, pero sin que esas alucinaciones puedan ser consideradas como formando

¹ Mignot. *Contribución al estudio de los trastornos pupilares en algunos enfermos mentales*. Tesis de París. 1900.

² H. Frenkel. Estudio sobre la desigualdad pupilar en las enfermedades y en las personas sanas. *Revue de médecine*, 1897, y *Presse médicale*, nº 77, 18 de septiembre de 1897.

ellas mismas necesariamente parte de la parálisis general. Si son el indicio de una lesión profunda de su cerebro, es porque no las niega y que, a partir del momento en las que aparecen en su vida, van a producir sobre su espíritu enfermo una impresión tal, que determinarán en él un pavor constante; y adquirirán a sus ojos una importancia tan grande que las introducirá en su obra.

Si la parálisis general estuviese en Maupassant sin verse mezclada con nada más, podríamos decir que esas alucinaciones pertenecían sin duda alguna y por completo a su enfermedad; pero hemos visto que Maupassant había abusado de las bebidas alcohólicas. También es posible que el alcohol haya sido el principal factor de estos fenómenos; pero, simple alcohólico, habría reconocido la inanidad algunos días después y no la hubiese transformado en literatura. Como ese otro genio y alcohólico que fue Alfred de Musset, Guy de Maupassant presenta autoscopia externa: Musset utiliza su mal en *la Noche de Diciembre*; Guy de Maupassant lo hace en *Él* y en *El Horla*. Una sencilla comparación de las dos series de obras de estos literatos muestra que diferencia hay entre un simple alcohólico y un alcohólico paralítico general: lo que no se traduce en Musset más que mediante una dulzura melancólica, determina, al contrario, en Maupassant el « grito del alma », cuán poderoso, pero sin medida, de aquél que lucha contra fantasmas a los que su espíritu enfermo confiere los contornos de la realidad. Musset expone un hecho que le es personal como un hecho personal, no trata como Maupassant de analizarlo, de explicarlo, no hace de él el punto de partida de discusiones filosóficas más bien débiles y no trata de generalizar; no parece creer en la generalidad y en la frecuencia del fenómeno. He aquí, al contrario, por lo que en Maupassant eso marca el comienzo de su demencia.

Es esta tendencia mórbida a la generalización de sus trastornos lo que hará decir a Massival, el músico, en *Nuestro*

Corazón, su última novela: « Había padecido esa especie de detención que parece golpear a la mayoría de los artistas contemporáneos como una especie de parálisis precoz. Ellos no envejecen en la gloria y el éxito como sus padres, pero parecen amenazados de impotencia en la flor de la vida.»

La disminución de su sentido crítico no le permitía darse cuenta de que la impotencia que debía golpearle próximamente y de la que ya sentía los primeros efectos, le era completamente personal y no tenía, en todos los casos, el carácter de generalidad que él creía poder atribuirle. pero mucho antes de eso y aunque ya enfermo, su impotencia había estado precedida de un periodo de sobreproducción que sus íntimos no han dejado de mirar como una de las causas de su enfermedad. Se observa muy a menudo, al principio de la parálisis general, una hiperactividad que se traduce por una exaltación más o menos marcada de las facultades: se trata de la excitación preparalítica. Se citan así numerosos intelectuales que han sido paralíticos generales, en los que el periodo prodrómico de la enfermedad ha estado marcado por una intensa producción. Este aumento de la actividad es el efecto de la enfermedad y no su causa, como muchos creen.

Esta superproducción no siempre carece de valor; en todos los casos provoca de entrada ilusión; un examen concienzudo permite sin embargo encontrar aquí y allá algunas lagunas, algunas faltas de gusto imperceptibles sin duda y que, muy a menudo, no se revelan y no explican hasta mucho tiempo después.

Esta exaltación de las facultades existió en Maupassant en 1884, época en la que preparaba los cinco volúmenes de cuentos y la novela que en 1885 debían marcar el fastigio de su producción; al mismo tiempo, la falta de gusto, la laguna se traducían por la publicación de *Él*; un crítico avezado podría tal vez encontrar otras. Al mismo tiempo, es carácter del escritor comienza a modificarse en *Yvette*, que anuncia *Mont-Oriol*.

Es pues en 1883-1884 cuando Maupassant se vuelve alienado, en el sentido etimológico de la palabra: su producción crece, no distingue ya lo verdadero de los inverosímil, lo que es publicable de lo que no lo es; su naturalismo palidece proporcionalmente a las modificaciones del fondo de su humor; va a idealizarse. Eso nos demuestra la importancia que revisten en las afecciones demenciales en general y en la demencia paralítica en particular las modificaciones del carácter y el interés que hay en conocer, de un modo más o menos exacto, la vida intelectual y moral anterior de los enfermos. Pero observen bien que esta alienación en los próximos dementes no es total; se produce a intervalos y deja subsistir vestigios más o menos numerosos del estado anterior. Si, a partir de esta época y salvo para *Bel-Ami*, cuya redacción es de principios de 1884, las novelas de Maupassant son a partir de ahora menos naturalistas que las dos primeras, los cuentos sin embargo permanecieron siéndolo casi siempre. Ahora bien, Maupassant fue sobre todo un cuentista, podría decirse que había nacido para ello; si se hizo novelista fue de un modo completamente accesorio; sus novelas siempre fueron cuentos ampliados o reunidos mediante un lazo muy visible¹. La novela fue pues para él como una nueva adquisición, casi parásita, fue lo primero que se modificó y casi lo único.

Toda la sintomatología psíquica de la enfermedad de Maupassant viene dada por matices; la disgregación intelectual que marca el final de esta enfermedad no fue, en efecto, precedida de delirio. ¿Por qué? Se podría responder que fue porque él no estaba predispuesto a las manifestaciones vesánicas: eso sería una tautología. Creemos que es necesario buscar las razones en el giro general de su espíritu. Maupassant tuvo la pretensión de no ser más que un observador; no fue en

¹ Edouard Maynial. La composición en las novelas de Maupassant. – *Revue Bleue*, 31 de octubre y 7 de noviembre de 1903. Maynial compara *Una Vida* y *Bel Ami* a álbumes de croquis.

efecto más que eso, como consecuencia de la imposibilidad en la que se encontró para ser otra cosa. Creo que Fernand Gregh, cuando dice que Maupassant no tenía imaginación¹, está en lo cierto. Y esta aseveración, que solo a un crítico literario corresponde admitir, es corroborada por una observación análoga de Jean de Gourmont que dice: « Su estilo carece de ese brillo que deja adivinar algo más allá de las palabras... Esa falta de misterio...²» La enfermedad no lo modifica en lo relativo a esto, permanece siendo lo que era, « un buen obrero »³, pero tal vez un gran artista. Nosotros creemos que un buen obrero es el calificativo exacto, porque a diferencia de tantos otros, Maupassant aprendió realmente su oficio y lo aprendió durante al menos diez años; es el único literato del que puede decirse que fue alumno de alguien, fue una de las obras maestras de Flaubert. Su oficio, la aprendió tan bien que fue literato de alma y que hasta el final no lo olvidó: no es más que en el momento en el que entra en el último periodo de su enfermedad cuando Maupassant deja de producir. Si su fondo se modificó, si fue bastante imprudente para dejar publicar *Quién sabe*⁴ en una de sus últimas antologías, su forma permaneció siendo la que era, perfecta. Desde luego, sería de un gran interés ver y comparar sus manuscritos, sobre todo los últimos, para ver si algún editor compasivo por el final de su vida literaria no habría aportado algunas modificaciones urgentes; pero el que puede soportar correcciones, permaneciendo siendo el mismo, es un gran escritor. Y porque aprendió y supo desempeñar su oficio de un modo admirable, Maupassant permaneció hasta el final a la altura de su tarea;

¹ Fernand Gregh. Maupassant, sus obras póstumas. *Revue Bleue*, 1901. Vol I., p.465.

² Jean de Gourmont. *Revue de la quinzaine, littérature. Mercure de France*, 1 de mayo de 1908, p. 107.

³ *Ibid.*

⁴ *Quien sabe* es el último relato que Maupassant publicó (1890)

cuando en 1890 y en 1891 comienza a redactar cartas de lectura tan penosa, ya había dicho adiós a la vida literaria.

Esta oscura conciencia que Maupassant tuvo de su impotencia definitiva no debe sorprender; en primer lugar porque no le faltaron consejos, luego porque nacido neurasténico, por así decirlo, estaba inclinado a prever las peores consecuencias y a creerse siempre llegado a las puertas de la tumba; y neurasténico permaneció hasta el fin. Finalmente, no debe asombrar más esa obsesión de la locura que arrastró durante tanto tiempo y que hacía decir al Dr. Frémy algunos meses antes de su internamiento: «¿No cree usted que me encamino hacia la locura? Si es así, debería decírmelo. Entre la locura y lamuerte, no hay que dudar, mi elección ya está hecha por adelantado.¹» Esta fobia por la alienación mental forma parte del bagaje de los congénitos y, por añadidura, incluso si, neurasténico, no hubiese llegado a sentir tan intensamente todos los dolores, no sería siquiera una excepción. Marandon de Montyel² ha demostrado que un cierto número de dementes paralíticos conservan una cierta conciencia de su situación; pero ese no es el caso de Maupassant quien, desde el punto de vista de su estado general, presenta, desde 1874 hasta su muerte, una interesante progresión que le conduce de la neurastenia al delirio de las negaciones pasando por la hipocondría. Hasta los límites más extremos, la enfermedad no ha hecho por esa parte más que exagerar las tendencias naturales de Maupassant, y yo no estaría sorprendido que los enfermos en los que Marandon de Montyel encontró una cierta conciencia de su estado, no fuesen predispuestos como lo fue Maupassant a los trastornos de la cenestesia.

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 68.

² Marandon de Montyel. Estados conscientes estudiados en los mismos enfermos en tres periodos de la parálisis general confirmada. *Gazette hebdomadaire*, junio y agosto de 1899.

También la parálisis general de Maupassant fue durante mucho tiempo somática¹; las migrañas, las neuralgias, los dolores en los miembros y las articulaciones que le hicieron creer en reumatismos contraídos en el transcurso de sus paseos por el Sena, persistieron en él hasta el fin del periodo de estado.

La enfermedad no tiene al contrario nada añadido a su estado mental; no hace más que amplificarlo sobre ciertos puntos en el sentido en que el mismo tenía costumbre ejercerlo. Sus dos preocupaciones constantes eran las que siempre habían sido: su salud y sus intereses. Y entonces algunas frases de Maupassant no nos parecen hoy tan en broma, puesto que, a pesar de la enfermedad, permanece siempre siendo un poco aquél que «le gustaría un día arruinar a algunos editores»².

La disminución de los sentimientos afectivos parecen ser debidos casi por completo a la amnesia; es sobre todo para el caso que no ocupa que se puede decir; los ausentes nunca tienen razón. Maupassant no mantiene la promesa hecha a su madre, el 24 de diciembre de 1891, no parte para Niza el 1 de enero de 1892 más que a instancias de su ayuda de cámara, y sin embargo, desde que ve a su madre, se entenece y llora como un niño; del mismo modo, la mayoría de sus procesos judiciales se terminan mediante una conciliación, a pesar de las cartas en donde parece irreductible. No se muestra intratable

¹ «¿Cómo explica usted esta contradicción tan chocante entre su pesimismo literario y la manifestación de un temperamento optimista con exhuberancia?» pregunta al Sr. Edouard Maynial, el Sr. Jean Nointel (*Revue Bleue*, 3 de noviembre de 1906, p. 569). El Sr. Maynial me permitirá responder por él que de nada vale explicar una contradicción que no existe. Al menos a partir del día en el que no hace más que literatura (1880), Maupassant jamás ha sido optimista, sino un neurasténico, un depresivo, un pesimista que desembocará más tarde en la hipocondría. Aquellos que lo han conocido poco han podido confundirse; el auténtico Maupassant es el de sus libros.

² Henri Roujon. Recuerdos de arte y de literatura. *Grande Revue*, 15 de febrero de 1904.

mas que cuando, alejado, discute hasta el fin por correspondencia. Con el asunto de los retratos de las *Veladas de Médan*, es más o menos cierto que si se hubiese encontrado con el editor Charpentier cuando fue a la calle Grenelle, la demanda no habría llegado a su fin; sin duda habría acabado por enternecerse y ceder.

Creemos útil resumir en la siguiente relación los trastornos más importantes que caracterizan la patología de Maupassant.

Cronología de la vida patológica de Guy de Maupassant

1870-1876. – Excesos venéreos; excesos alcohólicos.

1877. – Neurastenia; terapia en el balneario de Loèche.

1879. – ¿Sífilis?

1880. – Iritis crónica con exacerbaciones.

1882. – Obsesión por la locura.

1883-84. – Miedo a la muerte; alucinaciones elementales del oído y alucinaciones autoscópicas, miedo de quedar solo durante la noche (*Él*). Disminución del sentido crítico.

1885. – Trastornos gastro intestinales; terapia en el balneario de Châtel-Guyon. Fastigio de producción, señales premonitorios de la segunda etapa (*Yvette*). Se manifiesta el cambio de carácter: sensiblería, búsqueda de gente; enfermedades, insomnios, cefalalgias, miedo angustioso de la enfermedad; depresión melancólica.

1886. – Viaje a Inglaterra; falta de mesura en las manifestaciones de su humor: criestesia¹.

1887. – Segunda etapa (*Mont-Oriol*); crisis alucinatorias, panofobia², falsas interpretaciones, tendencias al delirio de grandeza, a las ideas de negación y de inmortalidad. (*El Horla*)

1888. – Se vuelve irritable, quisquilloso; ideas de grandeza.

¹ Impresionabilidad particular al frío. (N. del T.)

² Palabra que combina las expresiones pánico y fobia. Puede definirse como el miedo a todo. (N. del T.)

1889. – Dolores en las extremidades inferiores, calambres en las manos y en los hombros, migrañas, debilidad, impaciencias nerviosas; huida del pensamiento, amnesia.

1890.– Irritabilidad creciente; vagas ideas de persecución; pérdida del sentido crítico, elaboración difícil, trastornos característicos de la escritura y la expresión; disminución de los sentimientos afectivos. Estado general cada vez peor, adelgazamiento, dromomanía¹.

1891. – Confirmación de las ideas de grandeza y satisfacción. Trabajo intelectual volviéndose a partir de ahora imposible. Exageración, exhuberancia, dificultades del verbo, disminución acusada de los sentimientos éticos. Ideas delirantes de persecución, metabolismo, tentativas de suicidio.

1892. – Internamiento. Demencia confirmada.

No creo que sea útil discutir el diagnóstico de parálisis general. En una reciente tesis inspirada por el Sr. Rémond (de Metz), el Sr. Lacassagne², se ha esforzado en demostrar que la enfermedad de la que sufrió y murió Guy de Maupassant fue el delirio sistematizado progresivo. Por una vez, mi maestro me permitirá y perdonará no ser de su opinión. Si el diagnóstico de parálisis general me fuese personal y si mi convicción se basase únicamente en el estudio que he podido hacer de ese caso, no habría acabado este trabajo antes de leer la tesis del Sr. Lacassagne, que no he podido aún conseguir. Pero ese diagnóstico fue el del Dr. Blanche, del Dr. Meuriot y muchos otros médicos y especialistas que vieron, examinaron y cuidaron a Maupassant. Por añadidura, no me parece demasiado discutible, y si lo es se está autorizado a emitir otra hipótesis que la de demencia paralítica, lo que no podrá ser en todos los casos la de delirio sistemático progresivo. No

¹ Impulsión mórbida de andar. (N. del T.)

² Lacassange. *La Folie de Maupassant*. Tesis de Toulouse, 1907.

Esta obra puede leerse en castellano en

<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant> (No. del T.)

conocemos de Maupassant más que alucinaciones elementales del oído, no se ha observado en él delirios de persecución, propiamente hablando, sino simplemente ideas delirantes muy vagas; sus cartas son indudablemente, y desde todos los puntos de vista, cartas de un paralítico general. Basta leer una vez *El Horla* para percibir el carácter primitivamente demencial de los fenómenos mórbidos intelectuales presentados por el escritor.

Salvo el interés que pueda presentar para elucidar algunos puntos particulares, la parálisis general de Maupassant es pues bastante banal. Se puede uno dar cuenta que cuando su pensamiento huía « como el agua de una cisterna »¹, quedaban aún en su cerebro algunos restos; ellos le permitieron vivir durante algún tiempo todavía en comunión con el Maupassant de antes. Y, es ahí a donde quiero llegar y en donde quiero terminar, no es que Maupassant fuera un gran escritor porque se hubiese convertido en paralítico general; la enfermedad, lejos de aumentar su inteligencia, no hizo más que disminuirla hasta anularla; el genio, al menos el de Maupassant, es independiente de su neurosis², pero a veces sucede que el espíritu humano se hace bastante amplio, y puede albergar a ambos durante un instante hasta el momento donde el uno expulsa al otro: esa fue la neurosis que se adueñó de Maupassant.

¹ Edición Conard de Obras completas. Tomo I., p. CLXIV. Cartas de 1889.

² Neurosis está tomado aquí en el sentido muy general de enfermedad orgánica o no del sistema nervioso.

II. – LA MISOGINIA DE MAUPASSANT

«Conociendo mejor a Guy de Maupassant », dice Lumbroso, « penetrando en su vida interior tan celosamente oculta, se ven los rasgos distintivos de su carácter: amor filial exaltado, *desdén hacia la mujer...*¹» Ese desdén hacia la mujer es tan marcado, es tan activo, en el sentido que se manifiesta en toda la obra del novelista y el narrador de relatos, que realmente llega a convertirse en odio: se puede hablar de la misoginia de Maupassant. En efecto, de lo que se desprecia no se habla; como el guía de Dante, se mira y se pasa; pero uno no podría impedir dejar de hablar de lo que se odia. La mujer ha sido el tema más habitual de Maupassant, pues si no la amaba, sin embargo no podía sin embargo pasar de ella, y la palabra misoginia no podría de ningún modo implicar en relación con él la idea de una perversión. La mujer es para Maupassant el instrumento defectuoso aunque necesario del amor, lo que no es otra cosa que el instinto del sexo; así es como él lo ha representado, « reducido a una necesidad natural »². Considera que no se puede, que no se debe pedir a la mujer otra cosa que la satisfacción de esa necesidad; es inútil pedirla que razone, que investigue, hacerle comprender cualquier cosa: «Rechacemos nuestro corazón y nuestra inteligencia a lo execrable femenino, que nunca conoceremos y que una « infranqueable barrera separa de nosotros³.» De tal modo que para él, la mujer no es mas que una «eterna prostituta, inconsciente y serena, que entrega su cuerpo sin asco, porque es mercancía de amor », y que « nos toma de una forma cruel,

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 322.

² Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 322.

³ *Bola de Sebo*. Edición Conard. Estudio de Pol Neveux, p. LX.

tenaz, dolorosa »; « el amor no es más que una leyenda, hecha para ser cantada en versos o contado en novelas engañosas »¹.

Al no ir al fondo de las cosas, el caso de este erotómano que no amaba las mujeres parecería paradójico. Pero en realidad, no hay que ver ahí el efecto de una paradoja, sino de una laguna. Laguna, porque Maupassant no habiendo encontrado y no habiendo conocido a la mujer consciente, la mujer razonable, la mujer que es otra cosa que una prostituta y una mercancía, la mujer a la que se puede amar, juzgó que no existía; laguna porque Maupassant concluyó falsamente de lo particular a lo general.

La misoginia de Maupassant no es, en efecto, más que una expresión particular de esa carencia de misterio y de brillo de pensamiento del que habla Jean de Gourmont y que le caracteriza. Guy de Maupassant no sabe generalizar; y cuando intenta a veces hacerlo, generaliza mal, pues no se da cuenta de que algunos elementos de apreciación le hacen errar y que existen otras cosas aparte de las que están encerradas en el círculo donde él está acostumbrado a moverse.

No hay que achacarle un defecto que es menos el suyo propio que el de su tiempo; hombres de su tiempo, casi todos, a quién el estudio más o menos bien comprendido de algunos tipos proporciona la ilusión del conocimiento. El mismo Maupassant nota ese defecto en Zola, al que censuraba el burlar las pretensiones científicas², sin dudar que en filosofía y en psicología algunas veces se cometen errores. Haber frecuentado el « ganado del placer » y el medio sospechoso donde evolucionan las heroínas de *Bel-Ami*, le bastó para erigir la requisitoria de «la Dama»; « y cuando la Sra. de Maupassant, divertida, decía: «¡Bien! Guy, ¿y yo?» Él

¹ Guy de Maupassant. *Nuestro Corazón*, 2ª parte, capítulo VI.

² Ver al respecto una curiosa carta de Maupassant a Flaubert, en *Bola de Sebo*, Edición Conard, p. CXX.

respondía, con seriedad: « Tú no eres como las demás¹. » Maupassant no pensaba que el conjunto de madres a las que se exceptúa de ese modo, y siempre uno excluye a su madre, es bastante importante para inferir de la generalidad la regla que el plantea. En realidad, hay toda una parte del mundo que le faltó explorar.

Sin embargo, en Maupassant, se encuentra de todo: putas, campesinas, burguesas, mujeres de alta alcurnia; pero las unas difieren poco de las otras; cada una pertenece a un medio especial de su condición, y de cada uno de esos medios él extrajo los tipos más feos. No diré nada de las putas, pero, gracias a Dios, todas las normandas y todas las campesinas de Francia no están cortadas por el mismo patrón que *La Madre de los monstruos*, todas las burguesas no tienen la moral fácil de las criaturas de *Bel-Ami* o de la Sra. Lesable de *La Herencia*: hay campesinas y campesinas, burguesas y burguesas.

Hay incluso, mujeres de alta alcurnia y mujeres de alta alcurnia. Mas tarde, tras sus primeros éxitos, cuando abandonó, no en forma definitiva además, « la casa Tellier » y la cloaca de « La vue française »², « él se había dejado seducir por la alta sociedad, donde no se divertía realmente, pero cuyos homenajes lo halagaban »³ ¿Cuál era ese mundo por el que se dejó tomar Maupassant? Eran tantos y tan diversos. Fuese cual fuese, él no debió probablemente encajar allí, pues era realmente el escritor al que se invitaba y el no trata de frecuentarse como literato; iba un poco como novelista para buscar modelos y fealdades, como el médico va a los hospitales en la búsqueda de casos curiosos, y eso le servía para sus

¹ Lumbroso. *Loc. cit.*, p.326.

² Nombre del periódico en torno al cual gravita la intriga de *Bel-Ami*

³ Recuerdos de la Sra. Laure de Maupassant, citados por Lumbroso. *Loc. cit.*, p. 154.

libros¹; encontraba allí un alimento para su asco. Eso no era lo que le demandaba el medio de snobs en el que cayó.

En primer lugar, él era arisco, encerrado en sí mismo, luego no le gustaba hablar de su arte, o al menos no hablaba de ello y le gustaban las bromas y las historias picantes. Con éstas, la Sra. Brainne se contentaba con sonreír, enrojecer, luego regañarle, por la forma²; pero todas las mujeres de ese mundo que frecuentó Maupassant no tenían tal vez la amplitud de ideas, ni la indulgencia de la Sra. Brainne, y tal vez Maupassant permaneció siendo siempre desconsiderado en el corazón de las mujeres porque no estaba « lo suficientemente arrodillado³». Despreciando ya a la mujer porque en su juventud de estudiante y en el ministerio, no le había sido posible encontrar aquellas que hubiesen podido hacerlo amar, Maupassant encontró nuevos elementos para su desprecio en el medio en el que se sumió y donde incluso el azar no podía hacerle encontrar aquella que ya no buscaba. No es en el mundo donde se reclutan las amantes donde hay que buscar la mujer que se puede amar absolutamente. La Sra. condesa Greffulhe tenía razón buscando al escritor capaz de «describir en una novela una mujer de sociedad, una mujer de alta alcurnia, la mujer que todavía no sido descrita por X..., ni... por Maupassant...⁴» Además, en el mundo dónde él se introduce, sus maneras no le procuraron sin duda el éxito con el que contaba. ¿Qué mujer no tiene el legítimo deseo de provocar de vez en cuando otro reflejo que el del instinto del sexo? Maupassant olvidó o aprendió demasiado tarde que de los caminos que llevan a los actos, el mejor es el del sentimiento. Atrapado entre ese mundo y el de los barrios bajos, su odio hacia la mujer aumentó.

¹ *Nuestro Corazón*, 21 parte, capítulo III

² *Bola de sebo*. Edición Conard, p. CVI

³ *Ibid.*, p. CVII.

⁴ *Diario de los Goncourt*, 25 de Bril de 1891. tomo VIII, p. 233.

Me pregunto entonces si esta misoginia de Guy de Maupassant no es un poco de la misma naturaleza que la de Schopenhauer en quién «había rencor en la severidad de sus juicios en relación al sexo « que tiene los cabellos largos y los razonamientos cortos »; quién «hubiese querido tener éxito entre las mujeres, mucho éxito, pues él estaba extremadamente sujeto a lo que poéticamente llamaba «la embriaguez de Afrodita », y que no «lo conseguía nunca, nunca. Todos sabemos que eso convierte a un hombre en un amargado¹».

Maupassant no conoció ciertamente el fracaso constante que se atribuye a Schopenhauer, pero no tuvo el éxito que esperaba, porque debió no gustar generalmente a las mujeres, y él no les gustó porque no las comprendía. Ese es el quid de su misoginia en la que se debe ver un poco de desprecio y mucho odio. También la indolente lectora del monumento de Guy de Maupassant en el Parque Monceau, al menos se nos presenta como un contrasentido, lo que no creo que traduzca una maliciosa intención del escultor.

El amor ha sido el dios pérfido del gran Frédéric; él se ha vengado de Maupassant porque éste se había reído del «viejo corazón humano ».

¹ Arvède Barine. *Hors de France*. Conversaciones sobre Schopenhauer, *Journal des Débats* del 6 de mayo de 1908 (Con motivo de las memorias de Robert de Hornstein):

III. – ANÁLISIS DE ALGUNOS CUENTOS

Sobre el Agua (1991). *¿Él?* (1884). *El Horla* (1887). *¿Quién Sabe?* (1890)¹

En medio de la obra tan considerable de Maupassant, del Maupassant cuentista, hemos señalado anteriormente la existencia de partes discordantes que no aparecieron al principio más que como juegos del espíritu y de los cuales los críticos no apreciaron justamente el valor intrínseco; no tuvieron a sus ojos más merito que hacer destacar de una manera más intensa la salud y el vigor que parecían desprenderse de los fragmentos vecinos. Hoy sabemos que por el contrario allí se encontraban praderas grietas traduciendo las preocupaciones íntimas del escritor. Sin embargo, hay que destacar que si esos cuentos, a los que llamaremos si se quiere los cuentos fantásticos de Maupassant, no impactaron más particularmente a los críticos y a los amigos del escritor, fue porque tenían o parecían tener unos precedentes. Esos cuentos parecían pues no aparecer de vez en cuando más que para afirmar la maestría del escritor en un género que le gustaba ejercer a veces y que había sido como su primer estilo. A decir verdad, eran cada vez más fuertes y, en 1890, había que ser Maupassant para poder publicar *¿Quién sabe?*

Ya hemos hablado de *La mano Disecada* que, desde 1875, Maupassant firmaba con el seudónimo de Joseph Prunier; si

¹ Las fechas indicadas a continuación del título de cada uno de esos cuentos son las de la aparición en las librerías de cada uno de los volúmenes que los contienen. *Sobre el Agua* no apareció más que en un volumen (julio de 1881), pero es posible que los tres otros cuentos hayan sido publicados cada uno por separado antes de la fecha aquí indicada.

comparamos este primer relato a *¿Quién sabe?* que es el último o uno de los últimos, se ve fácilmente que si bien ambos pertenecen al género fantástico, cada uno de ellos revela sin embargo una tendencia completamente diferente del espíritu del escritor. En el primer caso, Maupassant es absolutamente dueño de sí; cuenta por contar, es perfectamente capaz de dirigir el movimiento de sus ideas para contarnos un relato; en el segundo caso, es incapaz, se convierte en el juguete de su propio pensamiento. Se ve, y eso es evidente desde 1884 con *Él*, que, según la expresión de Barbey d'Aurevilly, que obedecía a partir de ahora a « una voz que lo llamaba más allá del ser ».

Se verá también la enorme distancia que separa a Maupassant, contador fantástico, de algunos escritores como Edgar Allan Poe y sobre todo como Hoffmann.

Poe y Hoffmann han jugado con sus alucinaciones; sin que esté permitido decir que ellos las dirigían, se sabe, y esto es sobre todo cierto para Hoffmann, pues Poe fue un dipsómano, que ellos las buscaban; en cada uno de ellos, las alucinaciones aparecieron como necesarias en la manifestación de su intelectualidad (lo que era además un error). El caso de Maupassant es muy diferente, pues es la alucinación quién juega con él; solamente uno de sus cuentos puede ser comparado con los de los escritores de los que hablamos, se trata del *titulado Sobre el agua*. Es también un cuento vivido como los siguientes, pero qué diferente: aquí, en efecto, solo el fondo es fantástico, la forma del cuento es simple, sin complicaciones ni ambages; veremos que en los demás cuentos fantásticos el relato no es ya tan puramente descriptivo, surgiendo un elemento nuevo, el elemento «enfermedad», y es notoriamente sobreañadido, y este nuevo elemento se manifiesta no solamente en el fondo sino también en la forma que nos ofrece las principales características que encontramos en los escritos de los alienados.

Lo que sigue a continuación nos lo va a mostrar.

Sobre el Agua

El relato *Sobre el Agua* fue publicado por primera vez en la antología *La casa Tellier*, editado a mediados de 1881; pero pertenece a una época anterior, la época de las salidas en barca por el Sena entre 1876 y 1880.

El tema de este relato es el siguiente: una noche, después de cenar, « un experimentado barquero » arroja el ancla en medio del Sena para gozar de la tranquilidad del río. Los rosales adoptan figuras sorprendentes; de pronto una rana croa; él se estremece; fumando entonces para distraerse, el corazón le da un vuelco; se pone a cantar, su voz le parece lamentable; se tumba en el fondo de su barca, que le parece hacer bandazos gigantescos, levantándose y volviendo a caer. Quiriendo entonces regresar, no puede recoger su ancla. Este contratiempo lo tranquiliza, puede al fin fumar y se pone a beber dos o tres vasos de ron. De pronto, un pequeño golpe suena contra el casco: miedo y sudor frío; en ese momento, una niebla bastante densa y baja se levanta sobre el río, una verdadera crisis panofóbica se produce: el barquero cree que alguien trata de subir en su barca, que, tal vez, seres extraños nadan a su alrededor; su angustia es tal que piensa en huir a nado, pero el temor lo retiene; hay lucha: « su yo valiente se burla de su yo cobarde ». El espanto deriva en terror y el terror lo inmoviliza; pero, en un esfuerzo, toma su botella y bebe el ron a grandes tragos; se pone a gritar con todas sus fuerzas, bebe de nuevo y acaba por tumbarse en el fondo de la barca. Las pesadillas persisten, la voluntad se le paraliza. Finalmente, tras un largo tiempo, consigue levantarse, la niebla se ha disipado, el río brilla bajo la luna; ya no tiene miedo, se queda dormido. Despertado al amanecer, bebe lo que le queda de ron; unos pescadores que pasan lo ayudan a izar su ancla: se había

enganchado en el cadáver de una anciana que tenía una gruesa piedra atada al cuello.

En suma, el narrador trata de hacer nacer en su lector una asociación de ideas entre las ilusiones, las alucinaciones, la panofobia y el cadáver de una anciana; estando todos esos fenómenos destinados a provocar en el barquero el presentimiento que el motivo que impide al ancla ser fácilmente levantada es poco común. Pero en realidad este episodio del cadáver de la anciana es irrelevante, el médico experimentado se ve sorprendido cuando el cuento llega a este desenlace; no deja de sorprenderle, pues es inútil y no explica para nada la pesadilla del barquero. En efecto, desde el punto de vista médico, el relato se justifica por si solo, pues esa pesadilla está constituida por toda la serie de los fenómenos mórbidos por los que se manifiestan los delirios elementales de intoxicación. Aquí el veneno en juego es el alcohol. La escena se desarrolla tras una cena donde sin duda se ha bebido mucho, a la hora en que la luz desaparece, degradándose las sombras, presentando unas líneas menos vivas, de modo que los objetos que lo rodean toman formas y tintes imprecisos; parece nacer un mundo nuevo, poblado de seres con formas extrañas, espantosas, decorado maravilloso para la evolución de un delirio panofóbico, pues la imaginación del enfermo traduce todos los elementos de ese decorado en un sentido peyorativo.

Vemos producirse en este cuento todos los efectos graduales de la intoxicación: en primer lugar, las ilusiones razonadas, pero no excluyendo ese miedo instintivo causado por el simple croar de una rana o por la propia voz del barquero; a continuación, los trastornos tan característicos del equilibrio. Esos fenómenos van a cesar, pero el barquero vuelve a beber; el miedo, que hacía cesado unos momentos, se vuelve entonces angustioso; se acompaña de sudor, crece, lo invade la panofobia; la voluntad es paralizada, el barquero

puede sin embargo beber de nuevo y a grandes tragos; las alucinaciones hacen su aparición y por fin sobreviene el sopor muy tarde.

Este cuento es la descripción típica de una noche alcohólica que se creería copiada de un tratado especial; tiene, entre varias razones para ser bueno, el haber sido vivido por un maestro escritor.

¿Él?

El relato *¿Él?* fue publicado en 1884, en la antología titulada *Las hermanas Rondoli*.

Un joven hombre anuncia a uno de sus amigos su próximo matrimonio con una muchacha que apenas conoce; se casa porque tiene miedo de estar solo; tiene miedo de él, miedo de la muerte, miedo de los espasmos de su espíritu que enloquece, miedo de los objetos familiares que se animan para él con una especie de vida animal; tiene miedo de lo desconocido detrás de las puertas, las cortinas, los muebles. Tiene miedo desde la aventura siguiente: Una noche de tedio y ociosidad, abandonó su habitación y salió sin encontrar a ningún amigo. Al regresar comprobó que su puerta, siempre cerrada por él con doble giro de llave, estaba sencillamente cerrada y, en el momento en el que fue a encender su vela en la chimenea que todavía ardía, percibió a alguien sentado en su sillón y que se calentaba los pies; creyendo en la presencia de un amigo que se había dormido esperándole, adelantó la mano para tocarle el hombro, encontrando la madera del respaldo: el sillón estaba vacío. Entonces creyó sentir a alguien detrás de su espalda, luego se tranquilizó y se acostó. Mirando de nuevo, creyó ver a la luz de su fuego extinguiéndose, que el sillón estaba todavía ocupado. Tres veces en la semiinconsciencia que precede al sueño, fue víctima de la misma alucinación, a pesar de que la habitación estuviese iluminada. Al día siguiente por la noche, tenía miedo

de regresar a su casa, y no se decidió a ello más que superando bruscamente su angustia, pero no vio nada. Y sin embargo desde entonces tuvo miedo de quedar solo toda la noche; sentía la visión cerca de él, alrededor de él. No creía en ello, pero sin embargo lo invadía: « Me acosa, es de locos, pero es así. ¿Quién, *Él*? Se que no existe, que no es nada. No existe más que en mi angustia! » Trata de razonar, de persuadirse mediante afirmaciones que no lo verá más. Pero *Él* existe cuando menos en su pensamiento. « Permanece invisible, pero eso no impide que esté allí. Está detrás de las puertas... en los rincones oscuros... detrás de mí... Si fuésemos dos en mi casa, creo, sí, creo seguramente que ya no regresaría mas! » Esa era la razón por la que se casaba.

Es probable que, tal y como indica Lumbroso y Edouard Maynial, este relato es la relación de un caso de autoscopia externa positiva; sin embargo Maupassant no parece haber traducido esta alucinación en ese sentido, tal como la haría más tarde en 1889; cuenta claramente en esa época como un día vio entrar, sentarse frente a él y dictar a su propia persona. Pero no es imposible que Maupassant no se hubiese dado cuenta de la naturaleza exacta del fenómeno y su alucinación manifieste evidentemente todas las características de la autoscopia.

Las alucinaciones autoscópicas sobre las que el Dr. Sollier ha llamado de nuevo la atención recientemente¹ y a las que con justa razón considera de origen cenestético, no deben sorprendernos en Guy de Maupassant: en primer lugar porque, como hemos visto anteriormente, él era paralítico general desde 1883; luego porque abusaba de las bebidas espirituosas. En efecto, los fenómenos de autoscopia han sido sobre todo observadas en los histéricos; pero la lectura atenta de las relaciones publicadas muestra que en este caso se trata mucho menos de un trastorno histérico propiamente dicho que de otro

¹ Paul Sollier. Los fenómenos de autoscopia. Paris, Alcan, 1903.

de naturaleza tóxica. Todas las circunstancias que favorecen o acompañan la producción de esos fenómenos se acerca de un modo notorio a manifestaciones oníricas; y, admitiendo que su aparición necesita una preparación del sujeto, una especie de predisposición, creemos que el factor intoxicación es indispensable para su producción. Esas alucinaciones sobrevienen siempre por la noche o por la mañana al despertar; como lo indica el propio Dr. Sollier, necesitan un estado crepuscular de la consciencia; se observan en individuos presentando trastornos viscerales de naturaleza dinámica o funcional; nuestro parecer es que hay ahí materia para relacionarlo, más que con las manifestaciones oníricas, a una identidad completa.

Es particularmente interesante encontrar este fenómeno autoscópico en un paralítico general al principio, que presenta sobre todo una forma somática de la enfermedad y en el que el factor alcohólico añadido no es dudoso. La marca demencial que la enfermedad general imprime al fenómeno se encuentra en la intensa emoción, en el miedo que éste determina y en la ausencia de toda rectificación. Pues, al final de su cuento, Maupassant intenta persuadirse mediante palabras, *flatus vocis*, que la alucinación no se volverá a mostrar y que ya no se dejará engañar; el único hecho que lo discute muestra que no está convencido; la aprensión, la angustia, el miedo persistirán en él.

¡Qué lejos queda el cuento que acabamos de analizar! El narrador es a partir de ahora y definitivamente un enfermo. Está tocado por la duda; pronto incluso ya no dudará.

Es lo que nos va a demostrar el estudio del *Horla*.

El Horla

El Horla es el lamento angustioso y espantoso del delirante que sufre. Su interés supera toda consideración literaria en razón de su poderoso interés científico. Merecería tener un lugar entre los tratados didácticos al lado en lugar de otras descripciones que están lejos de tener valor.

Publicado en 1887 en la antología del mismo nombre, *El Horla* está escrito bajo forma de diario.

Aunque retirado en su país y en su casa, a los que tiene apego por los recuerdos personales que le evocan, el protagonista del cuento se siente triste. ¿De dónde procede esa tristeza? De misteriosas influencias, de ignorados poderes de los que el aire invisible está lleno. « ¡Que profundo es el misterio de lo Invisible!... ¡Ah! si tuviésemos otros órganos... ¡cuántas cosas podríamos descubrir todavía a nuestro alrededor! » Y tiene sin cesar esa espantosa sensación de un peligro amenazador, esa aprensión de una desgracia que se avecina o de la muerte que se acerca.... Tiene las pupilas dilatadas, el pulso acelerado, los nervios vibrantes; la inquietud aparece a medida que se aproxima la noche y ésta le impide leer; un temor confuso al sueño le oprime; sin embargo, muy tarde, entra en su dormitorio, se encierra con una doble vuelta de llave, abre sus armarios, mira bajo su cama, afina el oído... Se acuesta y espera el sueño « como se esperarí al « verdugo ». Tras dos o tres horas de un sueño pesado, lo invade una pesadilla. Siente que alguien se acerca a él, lo mira, lo toca, sube sobre su cama, se arrodilla sobre su pecho, le aprieta el cuello con todas sus fuerzas para estrangularlo. Incapaz de cualquier tipo de esfuerzo, paralizado, se despierta finalmente, sofocado, sudando; está solo. Finalmente, más tranquilo, se duerme hasta el amanecer. Esta crisis se renueva todas las noches. Paseándose por un bosque, se presenta la angustia, pareciéndole que alguien le sigue, sin embargo está solo y el

sendero que sigue se prolonga hasta perderse de vista, «espantoso». Comienza a girar aturdido y olvida por dónde había venido: «¡Qué extraño! Ya no recordaba nada.» Emprende un viaje de un mes para recuperarse y regresa curado¹. Durante su viaje, en el transcurso de una excursión al Monte Saint Michel, un monje que le enseñaba la célebre abadía le cuenta algunas leyendas de ese lugar. «¿Y cree usted en eso? » le pregunté. El monje respondió «No sé». Yo proseguí «Si existieran en la tierra otros seres diferentes de nosotros, los conoceríamos desde hace mucho tiempo; ¿cómo es posible que no los hayamos visto usted ni yo?» El monje respondió: «¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Observe por ejemplo el viento, ... ¿acaso lo ha visto alguna vez? ¿Acaso lo puede ver? Y sin embargo existe.» Este hombre era un sabio o tal vez un idiota... Lo que decía lo había pensado yo a menudo.» Esta conversación, cuya forma mística no sorprende saliendo de la boca de un religioso sin duda bastante frustrado, como parece indicarlo el argumento tan malo del viento, va a ser el punto de partida de una idea delirante y servir de alimento a la panofobia del narrador. Desde su regreso, los insomnios y las pesadillas vuelven a comenzar; durante la noche, alguien se coloca encima de él y absorbe su vida entre sus labios. Tres días después de su regreso, tras haber bebido en su dormitorio cerrado con llave medio vaso de agua de su jarra llena hasta el borde, al despertar de una pesadilla en la que creía haber recibido un cuchillazo en el pulmón, tiene sed, va a beber y encuentra la jarra vacía: «Al principio no comprendí nada; luego, de repente, sentí una emoción tan terrible que tuve que sentarme...» Mira a su alrededor. «¿Se había bebido esa agua? ¿Quién? Yo... ¡no podía ser más que yo! » Todas las noches desaparece de ese modo el contenido de su jarra. Entonces comienza a realizar «

¹ Fue en el transcurso de ese viaje cuando Maupassant visitó el Mont-Saint-Michel, que él no conocía.

experimentos para demostrar otra presencia »: dispone sobre su mesa alimentos distintos: « Se ha bebido – yo he bebido – toda el agua y un poco de leche. No ha tocado ni el vino, ni las fresas »; más tarde, como suprime el agua y la leche, no vuelve a tocar nada. Cubre las botellas con una muselina blanca, ata los tapones, frota sus labios, su barba y sus manos con mina de plomo. Al despertar, como siempre por la atroz pesadilla, habiéndose movido tan poco que sus sábanas no están siquiera manchadas (?), comprueba que las muselinas están inmaculadas, los corchos todavía atados, y sin embargo no queda ni agua, ni leche.

Se marcha, y veinticuatro horas en París bastan para hacerle recuperar el aplomo. Sin embargo asiste a una sesión de sugestión hipnótica y esa experiencia lo perturba.

Seis días después de su regreso a casa, sus criados dicen que los vasos se rompen por la noche en los armarios y, dos días después, habiéndose parado en su jardín a observar un rosal que tenía tres magníficas flores, «vi sin ninguna duda... como se plegaba el tallo de una de esas rosas, como si una mano invisible lo hubiese doblado, luego romperse, como si esa mano lo hubiese cogido! Luego la flor se elevó, siguiendo una trayectoria curva que hubiese descrito un brazo llevándola hacia una boca, y allí quedó suspendida en el aire transparente, sola, inmóvil, espantosa mancha roja a tres pasos de mis ojos. – Enloquecido me arrojé sobre ella para cogerla. No encontré nada; había desaparecido. Entonces fui presa de una cólera furiosa contra mí mismo; pues un hombre razonable y serio no puede permitirse tener semejantes alucinaciones. – Pero, ¿era eso una alucinación? Me volví para buscar el tallo, y lo encontré recientemente roto... Así pues... estoy seguro, ahora..., que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y desplazarlas, en consecuencia de naturaleza material, aunque

imperceptible para nuestros sentidos, y que vive como yo, bajo mi techo... »

Se pregunta si está loco, discute su caso, se compara a un alucinado razonando, piensa que tal vez una de las imperceptibles teclas del teclado cerebral se encuentra paralizada en él; ¿qué sorprendente, dice, que su facultad de controlar la irrealidad de algunas alucinaciones se encuentre aumentada en él en ese momento?

A pesar de todos esos razonamientos, la inquietud persiste: « Ya no se manifiesta, pero lo siento cerca de mí, espiándome, mirándome, penetrándome, dominándome... »

También, aunque el ser no se manifieste, él tiene miedo, quiere marchar para liberarse de él, pero no puede, no tiene fuerzas ni valor ni voluntad, alguien quiere por él; él obedece: « Ya no hay nada en mí, nada más que un espectador esclavo y aterrorizado por todas las cosas que hago... ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será acaso un Dios? Si lo es, ¡salvadme! ¡Libradme! ¡Socorredme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Salvadme! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué suplicio! ¡Qué horror! »

Está poseído y dominado como el hipnotizado que se somete a una voluntad ajena. « ¿Es el fin del mundo? » Los Invisibles existen, pero ¿cómo no se han manifestado aún como lo hacen con él? ¿Cómo no ha leído nada semejante a lo que él experimenta? Trata de evadirse, pero atrapado por el otro regresa a su casa; ahora bien, una noche, ve sobre su mesa las hojas de un libro sobre los habitantes descocidos pasar solas. Se arroja contra él para atraparlo; su sillón, su mesa, su lámpara caen, la luz se apaga, la ventana se cierra: « Así pues, se había salvado, él tenía miedo... de mí, ¡él! – Entonces... podré... destrozarlo... ». La lectura de un artículo científico le da la solución del problema: una epidemia de locura hace estragos en ese momento en la provincia de Sao Paulo; los habitantes se dicen perseguidos, gobernados, poseídos por seres invisibles aunque tangibles. Entonces recuerda ahora

haber visto pasar bajo sus ventanas y sobre el Sena, algunos días antes de la aparición en su casa, de los fenómenos que lo enloquecen, un barco brasileño. « ¡El ser procedía de allí, de dónde su raza había nacido!... Ahora ya lo sé, lo presiento: el reinado del hombre ha terminado. Ha venido aquel que inspiró los primeros terrores de los pueblos primitivos... que hombres más perspicaces han sentido con mayor claridad... Lo han denominado magnetismo, hipnotismo, sugestión. . . ¡qué sé yo! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este terrible poder! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado el... el... ¿cómo se llama? . . . el . . . parece que me gritara su nombre y no lo oyese. . . el . . . sí. . . grita. . . Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído. . . el Horla. . . es él. . . ¡el Horla. . . ha llegado! . . . — el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos hecho con el caballo y el buey. »

Recuerda entonces las palabras del monje del Monte Saint Michel. « ¡Un ser nuevo! ¿Por qué no?... ¿Por qué nosotros íbamos a ser los últimos? Existen muchas especies en este mundo, desde la ostra al hombre. ¿Por qué no podría aparecer una más? ¿Por qué no pueden surgir también nuevas especies de árboles de flores gigantescas y resplandecientes que perfumen regiones enteras? ¿Por qué no pueden aparecer otros elementos que no sean el fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Sólo son cuatro, nada más que cuatro... ¡Qué lástima! ¿Por qué no serán cuarenta, cuatrocientos o cuatro mil? ¡Todo es pobre, mezquino, miserable! ... la mariposa... Yo sueño con una que sería tan grande como cien universos... va de estrella a estrella... ¿Qué es lo que tengo? ¡Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras! »

Para escapar a esta empresa, se propone matar al Horla. Una noche, tras haber dejado su puerta abierta mucho tiempo para dejarle entrar, se encierra en su cuarto y hace que escribe; pronto siente leer por encima de su hombro; entonces

bruscamente se vuelve, y, en un alto espejo situado detrás de él, queda estupefacto al no ver su imagen, que poco a poco acaba por aparecer como en una bruma: « Lo que me ocultaba no parecía poseer contornos claramente definidos, sino una especie de transparencia opaca vislumbrándose poco a poco... La había visto.»

Se decide a matarlo; hace instalar en su dormitorio una puerta y unas persianas de hierro, y una noche, tras haber simulado quedar en su casa, sale e incendia su casa. « La casa no era más que una pira horrible y magnífica, una pira monstruosa, iluminando toda la tierra... y donde él se quemaba... Él..., el Horla.» Pero ahora se pregunta si ha muerto por completo, si daños, heridas, taras, han hecho mella sobre « en ese cuerpo de Espíritu », si puede ser víctima de esa destrucción premeditada de dónde procede todo el espanto humano. «Tras el hombre, el Horla, tras aquél que puede morir todos los días, a todas horas... ha venido el que no debe morir más que cuando le llegue el turno... porque ha tocado el límite de su existencia! – No... sin ninguna duda..., él no ha muerto... Entonces... entonces... debo matarme yo!»

El tono de suave resignación que reina en el transcurso del relato ¿Él? ha desaparecido ahora; del mismo modo que la certeza ha sucedido a la duda, la pasividad de la que el enfermo hacía gala en relación con sus alucinaciones ya no existe y da lugar al enfrentamiento. En ¿Él?, el fenómeno autoscópico que constituye el fondo del relato es aislado; sin las consideraciones que siguen al cuento, se podría con rigor, no conceder a ¿Él? un lugar en la literatura patológica. *El Holo*, por el contrario, entra de lleno en ella, porque vemos aparecer una tentativa de explicación y porque el fenómeno mórbido da nacimiento a concepciones delirantes.

El fenómeno no se produce además de repente, es anunciado mediante unos prodromos, como todos los episodios

delirantes, sobre todo cuando se acompañan de trastornos sensoriales; puede decirse que lo que ocurre estaba previsto, era esperado, casi buscado; parece que Maupassant haga todos sus esfuerzos para encontrar un poder desconocido, para medirse con él y caer finalmente bajo su yugo. Él mismo nos presenta su estado físico y moral como particularmente malo. Los preparativos de los que rodea su ida a la cama, que será seguida, él lo sabe, de un sueño poblado de pesadillas, nos lo muestran siendo presa de esa inquietud que sienten aquellos que hacen difícilmente el tránsito entre el sueño y la realidad y que enseguida volverán a estar despiertos.

¿Es todo delirio en *El Horla*? ¿No hay nada inventado? Esto es difícil de determinar. El episodio de las bebidas que desaparecen durante la noche es bastante desconcertante; lo más simple, y es siempre lo más simple a lo que hay que recurrir en estos casos, es creer que el culpable es el propio Maupassant, así como de los « experimentos para demostrar otra presencia » que menciona, tal vez habiendo sido inventados después para hilvanar el relato y darle más cuerpo. En cuanto al episodio de la rosa, es propio de los síntomas que le ocurren a los paralíticos generales.

El relato del Monte Saint Michel, cuyo papel viene a ser el del sacerdote que habla de todo lo que sucede que nosotros no vemos y que no comprendemos, y las experiencias de un médico epilogando sobre la sugestión hipnótica, sirven de punto de partida a un delirio en un individuo indispuerto, inquieto, presentando una marcada tendencia a las ideas delirantes. Ese delirio se orienta en el sentido más simple como en los dementes y los candidatos a la demencia. Asistimos así al nacimiento de ideas de posesión pobremente explicadas a la vez por el poder invisible y por el hipnotismo. ¿Resta por saber la explicación que hubiese sido elegida sin el relato del monje y sin las experiencias del médico?

Aquí se manifiesta el profundo egoísmo del parálítico general. Relaciona todo con él; sin duda, para no tener que explicar el lazo que lo vincula al poder invisible que lo obsesiona, que lo persigue, hace entrar en sí mismo ese poder, de tal manera que es, por así decirlo, más poseído que perseguido y que, con razón seguramente, busca mucho más en él que fuera de él. Este egocentrismo que se observa por otra parte en la parálisis general nos parece deber reconocer por causas los trastornos intensos de la cenestesia que hacen que el enfermo acabe por no sentirse más que a sí mismo; consigue así hacer de su propio yo el centro del universo: entonces nacen en él las ideas de grandeza y enormidad. He aquí porque la víctima del Horla acaba preguntándose si el mundo no va a acabar, si el reino del hombre no ha acabado, ideas de negación. Entonces vienen las ideas de enormidad, de nuevos seres, de nuevas especies que van a suceder a aquellas que ya existen, no hay más que cuatro elementos, por qué no habrían de ser cuatro mil, no podría soñarse con una mariposa inmensa, etc., etc...

Se ven sucederse en algunas líneas todos los elementos que constituyen el síndrome de Cotard. Es digno de apuntar que hay un episodio que se le puede considerar como el esbozo del delirio a pares, el cuál no es más que una variedad de la locura epidémica: porque ha visto recientemente un barco brasileño cerca de su casa, el narrador piensa que el Horla ha llegado mediante esa vía desde Sao Paulo, donde se produce en ese momento una epidemia de locura.

Obsérvese como en un momento, Maupassant se recupera, es el Horla, dice, quien le hace pensar esas locuras; y eso es una excusa bien tímida, pues no es en todos los casos el Horla quién se las hace escribir, y además el relato no termina ahí. Va a tratar de desembarazarse de él quemando su casa; el incendio del domicilio de un parálítico general no puede ser más que monstruoso; es, en efecto, una pira que ilumina toda la tierra; a

pesar de que ya hemos hablado antes de ello, vemos que las ideas de enormidad no lo abandonan y, para que todo sea completo, asistimos finalmente a un esbozo de ideas de inmortalidad, pues el Horla no puede morir, siendo «aquél que no debe morir más que cuando le llegue su turno, porque ha tocado el límite de la existencia.»

El Horla es pues la descripción de una auténtica alucinación interna que presenta un interés enorme para el alienista; se puede encontrar ahí todas las modalidades del delirio de las negaciones anotadas por el propio enfermo. Pero todavía encierra, sino la descripción, al menos el boceto de otro interesante fenómenos: la autoscopia negativa¹, que es la contrapartida de la alucinación autoscópica positiva, que Maupassant probablemente describió en *¿Él?*. Volviéndose bruscamente para tratar de sorprender al Horla, quedará sorprendido al no verse reflejada su imagen en el espejo situado detrás de él y que no aparecerá más que poco a poco como en una bruma. Es posible que la tensión de espíritu de aquél que esperaba ver otra cosa no sea ajena a la producción de ese fenómeno; pero en todos los casos, es difícil de separar la autoscopia negativa de la autoscopia positiva; generalmente ambas coinciden en el mismo sujeto; esto permite incriminar aquí también a los trastornos de la cenestesia.

¿Quién Sabe?

¿Quién Sabe?, publicado en 1890 en la antología *La Belleza Inútil*, pasa por ser, sino el último relato que escribió, al menos el último que publicó². Es el último del último volumen de cuentos publicado por el propio Maupassant, pero nada permite suponer que sea realmente el último publicado; Maupassant no seguía ordinariamente el orden cronológico; a

¹ Paul Sollier, *loc. cit.*

² Ver Edouard Maynial, *loc. cit.*, p. 253.

menudo llega a ocurrir en su caso que los últimos relatos de un volumen son los más antiguos. Esto no tiene más que una importancia mínima; pero es curioso constatar que Maupassant, que ha sido y seguirá siendo tal vez nuestro más ilustre cuentista, cierre su obra principal mediante una manifestación delirante; es cierto que había debutado en 1875 con *La mano disecada*, pero no era más que un juego de espíritu y no se acerca en absoluto a la extravagancia del relato del que nos ocupamos aquí.

Este relato se inicia mediante una exacta descripción del estado de ánimo de Maupassant: declara, en efecto, que la presencia de otros insinúa en él una especie de malestar, que el mundo y los amigos, incluso los más allegados, lo aburren, lo cansan, lo enervan hasta provocar en él unas angustiosas ganas de quedarse solo; incluso soporta difícilmente la proximidad de otros seres durmiendo bajo su techo; relaciona la causa de todo esto al hecho de que se cansa muy pronto de todo lo que no le afecte a él y ese es por completo Maupassant.

Sea como sea, el protagonista de este relato regresando una noche a su casa, experimenta una especie de mareo penetrando bajo el grueso montón de árboles que como una tumba rodean su casa. A medida que se acerca, un extraño malestar lo invade: «¿El misterioso presentimiento que se apodera de los sentidos de los hombres cuando van a ver lo inexplicable? ¿Tal vez? ¿Quién sabe?»

Antes de entrar, se sienta en un banco, bajo sus ventanas, «un poco nervioso», notando algunos zumbidos en los oídos. Le ocurre también a menudo oír trenes, campanas, multitudes. Sin embargo esos zumbidos son distintos; se trata de un ruido que sin ninguna duda procede de la casa; más que ruido una agitación. Adquiere entonces la certeza de que algo anormal ocurre en su casa, algo incomprensible. Espera bastante tiempo, luego, avergonzado de su cobardía, abre bruscamente la puerta. A este ruido responde de arriba debajo de la casa un

formidable tumulto; retrocede, oye como unos repiqueteos sobre los escalones, unos repiqueteos « de muletas de madera y hierro que vibrasen como címbalos »; de repente advierte que su sofá de lectura sale brincando y va hacia el jardín, pronto seguido por todo su mobiliario. Aturdido, se oculta en un macizo y asiste así a la huida de todos sus muebles y objetos que contiene su casa. Sin embargo, viendo pasar su escritorio que contiene los recuerdos de un amor que lo ha hecho sufrir mucho, no duda en arrojarlo hacia él como sobre un ladrón, pero es derribado, golpeado, arrastrado, pronto pisoteado y magullado por los muebles siguientes. Luego todas las puertas de la casa se vuelven a cerrar.

Sin decir nada de lo que había visto, «me habrían encerrado » presenta una denuncia en la policía. La investigación no permite descubrir nada. Regresa a París, viaja, pero no vuelve a amueblar su casa, « era inútil, eso habría vuelto a comenzar »-

Varios meses después, paseando por Ruán, encuentra su mobiliario en casa de un anticuario; allí está todo, excepto el escritorio con las cartas de amor. Entra, llama pero nadie responde; estaba solo, en una casa amplia y tortuosa como un laberinto. Llega la noche; al fin, después de más de una hora de espera, oye unos pasos ligeros, lentos, y percibe una luz en una habitación vecina: « ¿Viene usted? Lo estoy esperando.»

Se levanta y va: « En el centro de una gran estancia había un hombre muy bajo, bajito y gordísimo, gordo como un fenómeno, un repelente fenómeno. Tenía una barba rala, de pelos desiguales, escasos y amarillentos, ¡y ni un solo pelo en la cabeza! ¿Ni un pelo? Como sostenía la vela alzada todo lo que le daba el brazo para verme, su cráneo me pareció como una pequeña luna en aquella vasta habitación atestada de viejos muebles. La cara era arrugada y abotargada, los ojos imperceptibles. »

Compra tres de sus sillas, pagando por ellas una gran suma y va a contar su historia al comisario de policía. Pero el

comerciante había desaparecido; sus muebles ya no estaban en la tienda durante la visita policial del día siguiente, donde nada parecía faltar no obstante. Algunos días después, el jardinero de su casa saqueada le había saber que la noche anterior todos sus muebles habían regresado, todos sin excepción.

«Pillaremos al hombre uno de estos días », dice el comisario de policía. « Pero no lo han pillado. No, no lo han pillado, y tengo miedo de él ahora... ¡Imposible de encontrar! Imposible encontrar a ese monstruo de cráneo rapado. Jamás lo cogerán. No regresará a su tienda. ¡Qué le importa a él! Solamente yo puedo encontrarlo, y no quiero. – ¡No quiero! ¡no quiero! ¡no quiero!... En su contra solo está mi testimonio; y me doy perfecta cuenta de que empieza a resultar sospechoso. »

El protagonista de este relato ingresa voluntariamente en una residencia hospitalaria « por prudencia, por miedo »; y declara al médico que no quiere recibir ninguna visita: « El hombre de Ruán podría atreverse a perseguirme hasta aquí por venganza... Solo temo una cosa... Si el anticuario se volviese loco... y si se lo trajese a este hospital... Ni siquiera las prisiones son seguras...»

El relato *¿Quién sabe?* está lejos de presentar para nosotros el mismo interés que *El Horla*. Esta huida de los muebles es un auténtico sueño, por no decir un verdadero delirio, sencillamente expuesto, sin ninguna explicación. ¿De dónde procede el hombre bajito? ¿Por cuenta de quién actúa? ¿Por qué no encuentra el escritorio con las cartas de amor? Vemos ahí simplemente una pintura muy exacta de las angustias de Maupassant que padece la cercanía de los demás, aunque, sin embrago, tengo miedo de estar sol; también encontramos el testimonio de las alucinaciones acústicas. El resto es completamente fantástico y no puede terminarse más que en

una residencia para enfermos mentales; eso es como acaba el cuento y también lo que ocurre en la realidad.

Pero hay en *¿Quién sabe?* un cierto número de características formales que existen también en *El Horla* y de las que nos vamos a ocupar para terminar.

Hemos analizado anteriormente al relato *Sobre el Agua* explicando su verdadera causa y hemos visto que no había, después de todo, ningún vínculo inmediato con la enfermedad de la que murió Maupassant. Ese relato está escrito con sencillez y sobriedad, encotrándose en él en lo relativo a la forma, todas las cualidades que aseguraron el éxito de las producciones de Maupassant. Esa forma ya está un poco modificada en *¿Él?*. En efecto, se comienza a ver la aparición de repeticiones, de interjecciones, que son la prueba material de la emoción que invade al autor: va a cesar la impasibilidad. Ya no existe en *El Horla* y en *¿Quién sabe?*

Hay repeticiones, interrogaciones, puntos suspensivos que en todo instante cortan el relato. Hay momentos en los que el narrador busca o parece buscar atragantarse con algunas palabras, algunas expresiones: en *El Horla*, perdido en un bosque, exclama: «¡Qué idea más extraña! ¡extraña! ¡Extraña idea? » Parece que la palabra « extraña» lo haya golpeado y le haya gustado. En *¿Quién sabe?* el hombrecillo « grueso como un fenómeno, un repelente fenómeno », no tiene « ¡ni un solo pelo en la cabeza! ¡Ni un pelo! » En este último cuento también, la expresión «*¿Quién sabe?*» regresa como un leitmotiv; es lo que Marcel Réja¹ llama con razón fórmulas de redoblamiento y de estereotipo.

En definitiva, en estos dos cuentos sobre todo, el elemento personal predomina cada vez más, porque también, cada vez más, el enfermo se vuelve ajeno al mundo exterior.

¹ Marcel Réja. *L'art chez les fous*. Société du Mercure de France. París, 1908.

Esta literatura de parálisis general al principio, en lo que tiene de mórbido, no difiere sensiblemente en cuanto a la forma de la literatura de las otras formas de alienación mental. No reviste caracteres especiales excepto cuando Maupassant trata de su delirio, y nada, no más en el fondo que en la forma, diferencia los cuentos escritos entre *¿Él?*, *El Horla* y *¿Quién sabe?* de los publicados antes. Des mismo modo en muchos alienados se puede encontrar a la vez escritos razonables y escritos incoherentes en la misma época. Evidentemente hay un momento en el que, sobre todo en los antiguos delirantes y particularmente en las afecciones que rápidamente se encaminan hacia la demencia orgánica, esta distinción no puede ya existir y donde todas las producciones tienen un carácter mórbido. Sería interesante advertir que incluso en la parálisis general, esta dualidad puede existir en una cierta época; contribuyendo así a provocar la ilusión: No fue porque su corazón se hubiese despertado, sino porque su cerebro se desmoronaba, como Maupassant tras mucho tiempo no tuvo «ya solo tuvo fuerzas para sufrir ¹»

Guy de Maupassant se ha sometido pues a la ley común; las cualidades que hicieron de él un maestro, los inmensos recursos de su cerebro no han podido impedirle entrar « vivo en la irremediable noche ». Si debemos a su locura ese bello grito del alma que es *el Horla*, apenas podemos sospechar de lo que nos ha privado una detención tan brusca de su destino; pero estamos seguros en todo caso que la parálisis general no ha añadido nada a su gloria: la enfermedad siempre supone una disminución. Este caso no presenta otro interés que el hecho de que nos aporta pruebas escritas que jalonan e iluminan el avance de una enfermedad cuyas primeras manifestación aún son poco precisas.

En esta observación y en los comentarios que la acompañan y que la siguen, solo ciertas interpretaciones son nuevas: es

¹ Paul Ginisty. *Gil Blas*, 24 de mayo de 1889.

decir que este trabajo no se basa más que sobre hechos ya conocidos con anterioridad; no hay nada en él que sea inédito, nada que no sea la expresión controlada y reconocida de « *la humilde verdad* ».

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra, el 16 de junio de 2009